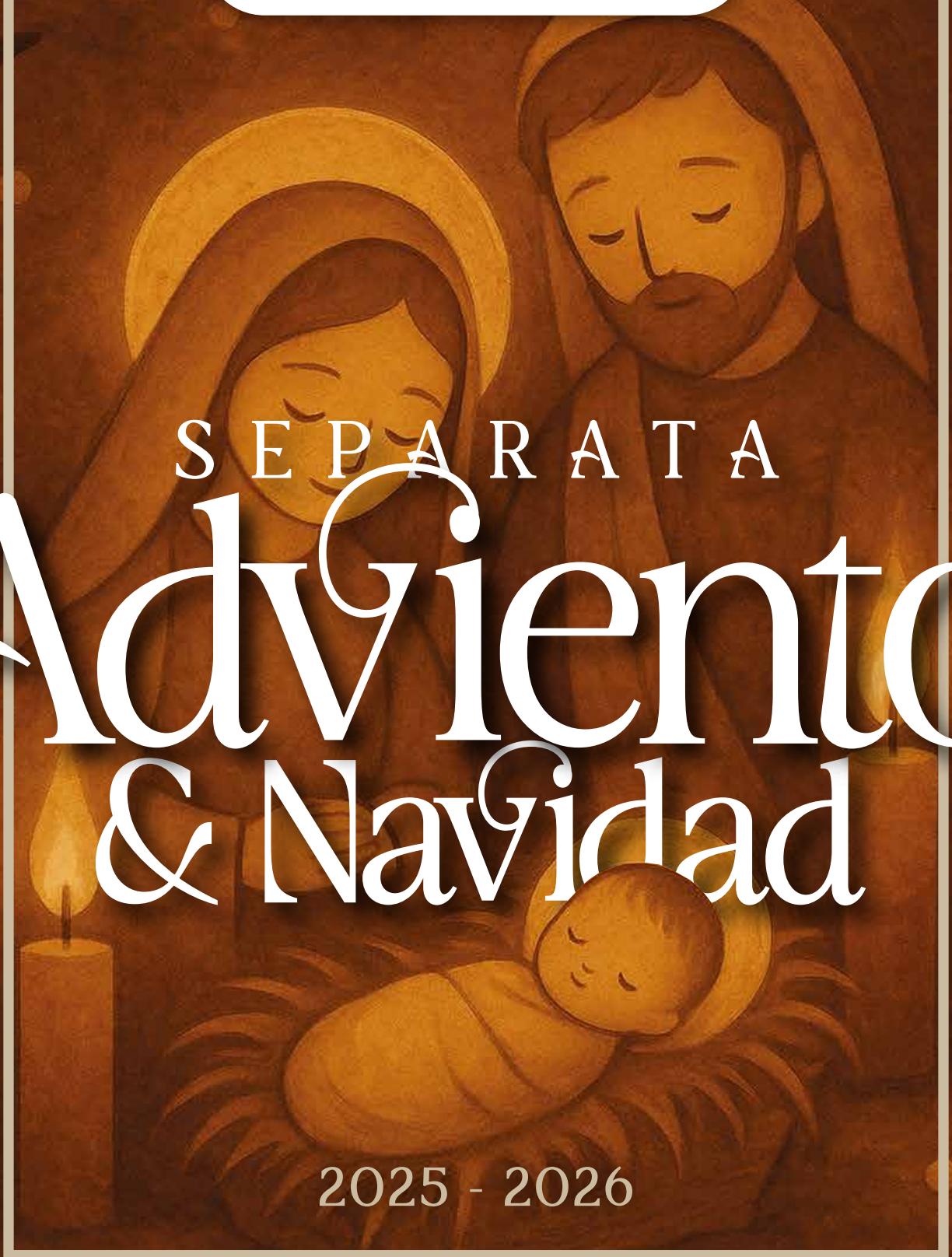




ARQUIDIÓCESIS
DE MEDELLÍN



SEPARATA

Adviento & Navidad

2025 - 2026



SEPARATA

Adviento & Navidad

INTRODUCCIÓN

El objetivo de la celebración del gran Misterio de la Navidad es recordar los inicios de la redención, que tiene su momento culminante en la Pascua, por eso el tiempo de Adviento no es solo preparación para la celebración del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo sino también espera del cumplimiento de ese gran misterio de la redención. El Adviento nos recuerda que nuestro tiempo es redimido porque Dios ha intervenido en él, encarnándose, se ha insertado en la historia de los hombres para convertirla en historia de salvación.

El Padre Matías Augé en su libro “el año Litúrgico es Cristo mismo presente en su Iglesia” hablando de la teología del tiempo de Adviento recuerda qué es en realidad lo que celebra el Adviento en la liturgia de la Iglesia. Primero el tiempo de Adviento celebra las tres misteriosas etapas de la historia de la salvación; es decir, la antigua espera de los patriarcas relativa a la venida del Mesías que se cierra con la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios; otra etapa es el presente de la salvación en Cristo, ya realizada en este mundo, pero no cumplida del todo; y una tercera etapa es el futuro de la salvación que se desvelará en la transformación del mundo al final de los tiempos.

Y en segundo lugar, el tiempo de Adviento celebra con una espera gozosa el cumplimiento definitivo de la redención; el gozo de la espera se nos da por la certeza de una presencia, de la presencia del Salvador. Es por eso que el Adviento se convierte en paradigma de la condición peregrinante del cristiano, nosotros vamos caminando hacia Él, pero en realidad es Él el que viene a nosotros.

Cada cristiano, en este tiempo de Adviento, espera con alegría al Salvador, espera que se cumpla la promesa, pues el mismo Señor nos prometió su retorno, mientras tanto nuestras comunidades se mantienen vigilantes madurando su vida en el amor y esforzándose en la perseverancia de la escucha de la Palabra, que nos anuncia con alegría la venida de Cristo.

En el Oficio de Lectura del primer domingo de Adviento encontramos una de las catequesis de San Cirilo de Jerusalén (Catequesis 15, 1-3 PG 33, 870-874), que habla de las dos venidas de Cristo, dice: “Os anunciamos la venida de Cristo, y no sólo una, sino también una segunda que será sin duda mucho más gloriosa que la primera. La primera se realizó en el sufrimiento, la segunda traerá consigo la corona del reino”. Y luego explica claramente: “Porque en nuestro Señor Jesucristo casi todo presenta una doble dimensión. Doble fue su nacimiento: uno de Dios, antes de todos los siglos; otro, de la Virgen, en la plenitud de los tiempos. Doble fue su venida: una en la oscuridad y

calladamente, como lluvia sobre el césped; la segunda, en el esplendor de su gloria, que se realizará en el futuro”. Más adelante expresa San Cirilo cuál debe ser la actitud de los fieles: “No nos detengamos sólo en la primera venida, sino esperemos ansiosamente la segunda. Y así como en la primera dijimos: Bendito el que viene en nombre del Señor, en la segunda repetiremos lo mismo cuando, junto con los ángeles, salgamos al encuentro y lo aclamemos adorándolo y diciendo de nuevo: Bendito el que viene en el nombre del Señor”.

Nuestra fe está fundada sobre el anuncio glorioso de la salvación realizada por Cristo, que viene a nosotros, es por eso que en este tiempo, a través de la celebración y la escucha de la Palabra, el cristiano enciende su corazón para mantenerse vigilante y en espera de lo que en realidad ya posee.

En esta celebración del adviento y de la Navidad, finalizando ya el año jubilar, a través del cual nos hemos afinazado en la esperanza, acompañemos con celo nuestra comunidades que están en la búsqueda ansiosa de la salvación y ayudémoslas a mantenerse vigilantes con la escucha asidua de la Palabra de Dios y con la alegría sincera del corazón. Ayudemos a que esta Iglesia sea un verdadero escenario de esperanza y salvación, donde pueda morar el Niño que viene a dar cumplimiento a las promesas de Dios.

**La Delegación Arzobispal para la Animación y Orientación Litúrgica
les desea a todos una Feliz Navidad y un bendecido año nuevo.**

PRESENTACIÓN

Este subsidio de las celebraciones del tiempo de Adviento y de Navidad ha sido preparado y pensado como una guía que pueda ayudarnos a vivir conscientemente el Misterio de la Encarnación.

En primer lugar encontraremos un artículo para reflexionar sobre la virtud de la esperanza en el tiempo del adviento, a propósito del año jubilar.

En segundo lugar, con un estudio de la Palabra de Dios de los domingos de Adviento, Navidad, solemnidades y fiestas, haremos un acercamiento litúrgico – vital de la Palabra de Dios a la realidad del hombre de hoy.

Finalmente agradecemos el servicio y la dedicación de quienes hicieron posible este material: Pbro. Gabriel Jaime Molina Vélez, Pbro. Diego Fernando Bonilla, Pbro. Juan Camilo Restrepo Tamayo.

I DOMINGO DE ADVIENTO

“DIOS ES ADVIENTO PERMANENTE”

1. Dimensión literaria:

La Palabra de Dios que resuena en nuestros corazones al inicio del tiempo del Adviento, el cual es para la Iglesia el comienzo de un nuevo año litúrgico, nos permite contemplar las figuras de Isaías, Pablo y Jesús que coinciden en la proclamación de una esperanza cierta que nos permite desear el cumplimiento de las promesas de Dios. Un anhelo que no se reduce a una simple expectativa u optimismo romántico, sino que se funda en la cercanía de Dios quien es fiel a su palabra y lleva adelante su proyecto de salvación.

El fragmento de la primera lectura que leemos, del primer Isaías (s. VIII a. C), expresa con un lenguaje poético, la poderosa y oportuna intervención de Dios quien anuncia la paz a todas las naciones en su monte santo. En medio de la crisis política que desata la creciente expansión del poder de los asirios que quieren someter a Judá como lo hicieron con Samaría, el pueblo no ve con claridad el futuro y, en medio de su confusión, busca contrarrestar esta amenaza buscando apoyos humanos en otras potencias, olvidándose de la palabra de Dios que conduce su historia.

El mismo Señor se hace cargo de los suyos estableciendo un nuevo orden en el mundo, caracterizado por la concordia y el trabajo compartido. Mientras el pueblo, en cabeza de su rey, busca la paz como simple estrategia política para mantener su hegemonía sin importar la voluntad de Dios comunicada por la predicación de sus profetas, Dios les asegura una paz firme y duradera que no viene de acuerdos humanos, sino de la decisión de todos de vivir la justicia y el derecho que son la síntesis de los compromisos de la Alianza. Una paz que se deja ver en el cambio concreto de las relaciones humanas, donde la agresividad y la violencia ceden su lugar a la fraternidad y solidaridad entre todos, porque se dejan guiar por “luz del Señor” (Is 2, 5) y no por sus intereses mezquinos y egoístas.

Este sueño de Dios no es una utopía inalcanzable, sino una realidad. El nuevo día despunta ya, como dice Pablo en la primera carta a los Tesalonicenses, porque el futuro de Dios irrumpen en la historia cuando vivimos los valores de su Reino, despojándonos de las obras de las tinieblas y viviendo como hijos del día.

Jesús, por su parte, en el Evangelio de san Mateo nos invita a estar vigilantes y despiertos porque “el Hijo del hombre viene” (Mt 24, 44). No se trata sólo de pensar en la muerte o en la venida gloriosa del Reino al final de los tiempos, sino de estar atentos para acoger las permanentes venidas del Señor para las que no siempre estamos preparados.

Vigilar la vida; preparar la vida; vivir la vida con pasión y responsabilidad porque el Señor está viniendo siempre. No vendrá únicamente el último día, sino que su modo de actuar es acercarse continuamente y, aguardar con delicadeza, nuestra acogida (“abrir cuando llame a la puerta” Ap 3, 20).

Nuestro Dios es “Adviento” permanente. No deja de venir; está siempre aproximándose con su poder salvador, que no asusta ni espanta, sino que genera confianza y esperanza.

Ojalá cuando pase el Señor, no nos haya vencido el sueño y la desazón de una vida hundida en el tedio y la amargura.

2. Dimensión litúrgica:

La oración colecta del Primer Domingo de Adviento ofrece el sentido completo de este tiempo santo con el que se inicia el año litúrgico en la Iglesia. Esta oración pide a Dios, el Padre, la gracia de vivir en constante expectativa por la venida de Jesús, el Hijo de Dios, y que los fieles sean hallados atentos y gozosos cuando Él se manifieste.

Como lo sabemos del Adviento, la primera parte “espera” la revelación definitiva del Reinado de Dios en la consumación de los tiempos; y, la segunda, a partir del 17 de diciembre, prepara la celebración anual de su nacimiento en nuestra carne.

“Esperar vigilantes” la llegada de Cristo es lo que deseamos. Esto implica una actitud de atención, preparación y expectativa consciente ante sus venidas constantes en la historia y en su plenitud final. Esta doble expectativa, la expresan muy bien los prefacios I y II de este tiempo de Adviento; pero el acento en las constantes manifestaciones del Señor, “en cada hombre y en cada acontecimiento”, aparece claro en el prefacio III.

Toda la dinámica litúrgica de este domingo y de todo este tiempo, proclaman en clave eucológica la invitación a acoger con piedad y alegría al Señor que está viniendo siempre.

3. Aplicación pastoral:

El Adviento siempre se inaugura con el imperativo: “vigilen”, “estén despiertos”. No se puede volver esta invitación del Señor una frase de cajón que desempolvamos en este tiempo de preparación a la conmemoración de la Navidad, para luego guardarla cuando termine la fiesta. Debe ser una sacudida a la conciencia para que como dice santa Teresa de Jesús: “No durmamos, porque no hay paz en la tierra”.

Nuestras comunidades deben recibir un llamado fuerte a despertarse del letargo en el que viven. La indiferencia, la mediocridad, la superficialidad se han vuelto características del

hombre y la mujer de hoy, que nos impiden vivir la radicalidad del Evangelio. Todos estos son males que nos atacan y no nos permiten acoger el Reinado de Dios que está aconteciendo.

Nuestra espiritualidad es de “ojos abiertos” y “corazón palpitante”. La fe nos da sensibilidad para percatarnos de la presencia y de la acción del Dios bueno que atrae a todos hacia sí, para que se instaure la paz verdadera que todo corazón desea y que brota de su amor por todos. Esta paz en la síntesis de los dones mesiánicos que se han ofrecido a toda la humanidad con la venida al mundo del Hijo de Dios.

Aprovechemos este tiempo de gracia para agudizar la escucha de la voz de Dios que resuena fuerte en nuestra realidad, marcada dolorosamente por las tinieblas que nos envuelven. Vivamos el Adviento cristiano en clave de esperanza, poniéndonos en camino, para salir al encuentro del Señor, aprovechando lo que nos queda del jubileo para que nuestra espera se llene de sentido y se ilumine con la luz que viene del corazón del mismo Dios. No perdamos nuestro tiempo en cosas que no valen la pena, dejándonos atrapar por el “ternurismo” barato y ocasional de la sociedad de consumo en estos días.

¡El Señor está cerca!, salgamos a recibirlo.

II DOMINGO DE ADVIENTO

“BROTA LO NUEVO”

1. Dimensión literaria:

Las lecturas de la Escritura propuestas para este Segundo Domingo de Adviento presentan una doble imagen tomada del mundo agrícola (el retoño del tronco de Jesé y las gavillas de trigo), la cual contiene el mensaje de la Palabra de Dios que sigue iluminando nuestro camino hacia el encuentro con el Señor en la Navidad.

En la primera lectura, el profeta Isaías nos ofrece uno de los más célebres poemas mesiánicos presentando la metáfora de un tronco muerto del que surge un vástago; un comienzo inesperado en medio de la desolación de un árbol infecundo. Por su parte, el Evangelio de Mateo, habla de un árbol lozano, pero sin frutos; el hacha lo golpeará para convertirlo en leña que arde. Así mismo, se habla del campesino que avienta el trigo: la paja inútil y seca vuela, mientras los granos de trigo se guardan para luego convertirse en alimento.

Detengámonos un momento en cada imagen.

El profeta Isaías anuncia la venida de un heredero de David cualitativamente distinto a sus antecesores, los cuales no han sabido estar a la altura de la misión que Dios les había encomendado. El tronco seco y cortado, es figura de la infidelidad de la dinastía davídica, incapaz de garantizar la justicia y el derecho exigidos por el Señor en su ley.

Dios hace surgir, como don suyo, un vástago verde sobre el que sopla el viento de vida (el Espíritu divino) que lo unge para realizar el sueño esquivo de la verdadera justicia. Esta profecía se ve cumplida perfectamente con la venida de Cristo, quien llevará adelante la construcción de un reino de equidad y defensa del pobre.

La figura del Bautista empieza a despuntar en el Evangelio de san Mateo, el cual lo presenta con toda su contundencia profética, incluso en la descripción de su vestido y alimentación. Juan es descrito con las vestiduras características de los nómadas y que remite, sin duda, a la investidura profética que lo acompaña (Zac 13, 4).

Resuena una palabra fuerte, exigente, radical. El Bautista anuncia, igual que Jesús, la llegada inminente del Reinado de Dios que irrumpre con determinación en la historia para desenmascarar la hipocresía y la mediocridad, pidiendo respuestas definitivas porque el juicio de Dios está a la puerta. No hay tiempo que perder; llega el “kairós” de Dios: la oportunidad única para decidirse a favor o en contra de su voluntad salvífica y, de esta manera, Juan prepara la llegada y el mensaje de Jesús. Mateo hace coincidir casi en las mismas palabras las dos

predicaciones, la de Jesús y la de Juan, para sincronizar el comienzo del mundo nuevo que anuncia ya presente el precursor.

Brota lo nuevo; el Mesías y su mensaje de fuego se prefiguran en la persona y la predicación del Bautista. Urgen las opciones definitivas. La conversión es la única puerta que da acceso a la novedad que se despliega con la aparición del Ungido de Dios, auténtico heredero del trono de David, quien asume y restaura los ideales del pasado. Se cumple lo que el segundo Isaías, por su parte, había profetizado con claridad meridiana: “miren que hago nuevas todas las cosas” (Is 42).

2. Dimensión litúrgica:

La oración colecta para el Segundo Domingo de Adviento pide a Dios que nos ayude a esperar vigilantes la llegada de Cristo mediante la práctica de las buenas obras, y a no desfallecer ante los afanes terrenales para que, guiados por su sabiduría, podamos gozar de la compañía del Señor y merecer el reino celestial.

La liturgia destaca dos cosas muy importantes para la vivencia cristiana del Adviento: que la gracia del Señor nos conceda responder con buenas obras a la experiencia del encuentro con Cristo. Por nuestros propios méritos no podemos nada; nuestras obras no alcanzan la salvación. Pero Cristo, con su misericordia, nos hace capaces de vivir en la vida concreta las acciones del amor que son su misma actuación en nosotros. Ésta es la manera como nos disponemos a salir a su encuentro. Unido a esto, pedimos “sabiduría” para no sucumbir a las tentaciones de una vida superficial; peligros de esta época del año que nos distraen y nos enredan en asuntos sin importancia, para concentrarnos en lo único esencial de nuestra experiencia de fe que es estar en la compañía del Señor ahora y por siempre.

3. Aplicación pastoral:

En el Segundo Domingo de Adviento siempre resuena en el corazón de los cristianos un llamado perentorio a la conversión porque el Señor está cerca.

El problema es que siempre hemos asociado la conversión con el tiempo de Cuaresma, pero ésta es una dimensión permanente de la vida cristiana; no tiene tiempo especial, porque todos los días son propicios para volver el corazón al Señor. De hecho, el movimiento de Jesús de Nazaret es un movimiento de conversión, que se abre a la irrupción del Reinado de Dios que se acerca (Mc 1, 14-15). Es la condición fundamental para que todo se redireccione en la vida y en la historia según el querer del Padre.

La conversión no es un simple giro moral, ni un arrepentimiento ocasional o emotivo que mira al pasado con dolor sin generar ningún cambio profundo en la vida. La conversión de la que

habla el Bautista en el desierto y luego pregoná Jesús en Galilea, no es requisito para que Dios acontezca, sino, la consecuencia de la acogida de la buena noticia de su cercanía amorosa.

En este punto, es bueno diferenciar los motivos de la conversión que aparecen en la predicación de Juan y en la de Jesús. Juan el Bautista invita a un cambio de vida y de valores porque el juicio de Dios se aproxima. Al mejor estilo de los profetas de Israel, el Bautista amenaza al pueblo con una gran catástrofe si no vuelven a Dios. La justicia divina se hará sentir, separando los buenos (quienes dan fruto) de los malos, que como paja que arrebata el viento solo servirán para ser destruidos en el fuego de la ira de Dios. No hay más plazo; o entran en el orden nuevo con cambios concretos de conducta, o Dios que es juez se encargará de dar a cada uno según sus obras. Una nueva era en la historia comienza con este juicio implacable, frente al cual no queda sino la última y decisiva opción.

Jesús, también, anuncia la inminencia de este Reinado de Dios que está llegando. El tiempo se ha cumplido, pero no para amenazar sino para tocar profundamente la conciencia y movilizarla hacia una opción fundamental por el mismo Dios y su misericordia que se ofrece sin condiciones a todos los que por fe se abran a ella. Lo primero es acoger esta buena noticia; creer en el poder de Dios que inaugura una sociedad alternativa de justicia, fraternidad y compasión para todos y, en consecuencia, el estilo de vida se renueva según la voluntad de Dios revelada en la predicación de Jesús. La conversión, así, mira al futuro con esperanza. Lo nuevo está por llegar y es Jesús mismo el heraldo de este cambio profundo. No llega Dios con ira a destruir a los pecadores, sino a ofrecerles incondicionalmente vida, y vida en abundancia (Jn 10, 10). A partir de ahora, brota lo nuevo; como dice Isaías, de lo antiguo, ni el recuerdo (Is 42). Jesús mismo es el vástagos del tronco de Jesé que implanta la auténtica justicia experimentada como amor infinito para todos los seres humanos, empezando por los últimos. La conversión ya no es requisito, sino fruto de la venida de Dios al mundo en su Hijo, Jesucristo; Él es la justicia del Padre sucediendo entre nosotros.

Se cambia “el hacha en el árbol” del Bautista, por la mano tendida y las entrañas acogedoras de Jesús.

III DOMINGO DE ADVIENTO

“NO HAY QUE ESPERAR A OTRO”

1. Dimensión literaria:

Isaías es el profeta del Adviento. Su palabra y su experiencia de fe acompañan nuestro camino en este tiempo santo que nos prepara a la conmemoración anual del Misterio de la manifestación de Dios al mundo en su Hijo Jesucristo.

En este Tercer Domingo, el turno es para el segundo Isaías, un profeta anónimo enviado por Dios para infundir esperanza en el pueblo de Israel en el momento más crítico de su historia política y religiosa: el exilio babilónico (587 a.C). Cuando se han perdido todos los referentes y la confianza en el Señor tambalea, Dios mismo, en persona, viene a salvar. Y lo hace restableciendo la vida de las personas y de la comunidad.

Las imágenes utilizadas por el profeta, y que luego se cumplen en Jesús como dice san Mateo en el Evangelio del día, confirman que en el Hijo de Dios todas las promesas de Dios alcanzan su plenitud. Cada acción del Mesías realiza las esperanzas concretas de un pueblo devastado y desolado. Y llama la atención cómo cada parte del cuerpo se vuelve lugar concreto de salvación: los ojos se abren, la lengua prorrumpie en cánticos de alabanza, los pies se disponen a caminar y los oídos oyen de nuevo (Mt 11, 5). Es admirable cómo lo que promete Dios por medio de Isaías, lo anuncia cumplido Jesús en su ministerio público en Galilea (Lc 4). Es verdad que Dios en persona ha venido a visitar y a salvar a su pueblo. En este caso, no sólo ha enviado un emisario de su acción redentora en favor de sus fieles, sino que Él mismo se introduce en las encrucijadas dolorosas de su pueblo.

No deja de sorprender cómo el Bautista, quien anunció la inminente llegada del Mesías prometido, y luego lo señala entre los hombres, como lo dice uno de los prefacios de este tiempo de Adviento, se siente confundido e, incluso, escandalizado por las acciones de Jesús. La manera como Jesús vive su misión, en favor de los más pobres y excluidos de la sociedad, no sólo sorprende a sus contemporáneos, sino al mismo profeta que preparó sus senderos y que ha sido encarcelado por Herodes Antípasis. Es piedra de tropiezo esta forma nueva y extraña de presentar la llegada del Reinado de Dios.

Según los esquemas del pueblo y del Bautista, no puede ser así el cumplimiento de las expectativas del pasado; quizás Dios debió ser más severo y no tan acogedor como lo presenta y lo vive Jesús.

Sin embargo, el Mesías es Jesús, el de Nazaret, no hay que esperar a otro. El Jesús de los pequeños, marginados y excluidos. El Jesús de la cercanía y la compasión sin límites. El Jesús de todos, especialmente de los olvidados y de aquellos que no tenían esperanza porque hasta Dios los repudiaba (según la predicación de la religión oficial).

Jesús es el Mesías de Dios, no el de las expectativas estrechas de los hombres. Está entre nosotros, no tenemos que esperar a nadie más.

2. Dimensión litúrgica:

La colecta para el Tercer Domingo de Adviento pide a Dios que despierte su poder y nos libre del dolor y las consecuencias de nuestros pecados, concediéndonos gracia y misericordia para esperar con alegría la Natividad del Señor y alcanzar la salvación. También nos impulsa a la conversión sincera de nuestros corazones, para que estemos vigilantes y preparados, celebrando el Misterio de su venida con solemne adoración y esperanzador regocijo.

Llama la atención la forma cómo la oración expresa un presente salvífico: “estás viendo, Señor, cómo tu pueblo se prepara”. Y esto exige una inaplazable conversión. No puede ver Dios nuestros descuidos y pecados; nuestra manera equivocada de asumir la vida y conducir nuestra libertad. Los ojos de Dios deben posarse sobre nuestra interioridad que, con sinceridad y fe, prepara la actualización ritual de los acontecimientos de redención que estamos conmemorando.

3. Aplicación pastoral:

Para cualquiera de nosotros que somos discípulos de Jesús, sería obvio ver cumplidas en Él y en sus obras las promesas de los profetas, especialmente, las de Isaías que hemos escuchado en la primera lectura de este Tercer Domingo de Adviento. Jesús cura a los enfermos, libera a los endemoniados, acoge a los pobres y marginados, come con los pecadores y alejados de la religión y, anuncia con fuerza y gozo, la llegada del Reinado de Dios. Más claro no podría ser. Como dice san Pablo, Jesús es le sí (el Amén) de Dios a todas sus promesas (1 Cor 1, 19-20) y esto queda en evidencia con su actividad en Galilea.

Pero, ¿Cómo es posible que un pueblo tan familiarizado con las Escrituras Santas no vea esto tan claro como nosotros?, ¿cómo se puede negar la condición mesiánica de Jesús si cada línea del poema de Isaías se cumple en Él, tan preciso y tan exacto que pareciera un libreto seguido con atención?, más aún, ¿cómo es posible que el Bautista, cuyo mensaje es idéntico al de Jesús, ponga en duda la autenticidad de su misión y dude de que ya esté entre el Mesías esperado?

Tal vez el escándalo de Juan en la cárcel, su confusión e incertidumbre se deba a dos cosas que hace Jesús y, las cuales, eran impensables para el Mesías tal y como lo anunciaría la tradición

judía: la proclamación de un año de gracia del Señor, sin la advertencia de un castigo implacable para los pecadores que no se convierten y para los impíos que no escuchan el llamado e Dios a un cambio de conducta (Is 66). Y, el otro elemento, que ni Juan ni los hombres religiosos de su tiempo soportaron, fue el perdón de los pecados sin condiciones que Jesús otorgaba en nombre de Dios, su Padre. Un perdón gratuito, sin exigir los ritos expiatorios que mandaba la ley de Moisés.

Claramente Dios perdona siempre a quienes se arrepienten sinceramente, pero era preciso demostrar la autenticidad de este cambio con signos concretos de un buen propósito y el ofrecimiento de los sacrificios en Templo. Jesús, nada de esto. Sólo espera acogida sincera e incondicional, que es lo que él llama “fe” en su anuncio programático (Mc 1, 14-15).

Para muchos hoy, Jesús sigue siendo motivo de escándalo. Igual que a Juan nos parece su comportamiento demasiado laxo y permisivo. El Evangelio debería presentarse con mayor radicalidad y exigencia; debería ser más duro, menos abierto. Dios no puede ser tan misericordioso, que olvide la debida justicia.

Sin embargo, la buena noticia que trae y encarna Jesús de Nazareth es ésta: Dios está cerca; a la mano, si quisiéramos decirlo así. Su amor y su proximidad son la oportunidad para que todo lo que entre en contacto con Él se cure y restablezca: el oído del sordo oiga; la lengua del mundo cante; el ojo del ciego vea; el cojo brinque de alegría y el pecador se sienta amado y perdonado, con el futuro abierto para él por el mismo Dios.

El Adviento es el grito que proclama la esperanza para todos, especialmente para lo que sentimos que la vida está perdida; que no tenemos más oportunidades; que nuestra existencia se hunde en el abismo del sinsentido. Porque, a pesar de todo, podemos volver a empezar porque su Reino está cerca.

IV DOMINGO DE ADVIENTO

“HIZO LO QUE LE MANDÓ EL SEÑOR”

1. Dimensión literaria:

A partir de la meditación de la Palabra de Dios que la Iglesia nos ofrece para el último domingo del tiempo del Adviento, se contrastan dos personajes importantes: Ajaz, rey de Judá (s. VIII a.C) y José de Nazareth, esposo de María y padre putativo de Jesús. En ambos contemplamos dos maneras distintas y opuestas de actuar frente al designio de Dios.

Adentrémonos en el estudio de la Palabra y dejémonos confrontar fuertemente por ella.

El profeta Isaías, pone de relieve en la primera lectura la figura de Ajaz, rey de Judá. En el año 734 a.C, el Reino del Sur está involucrado en la conocida guerra siro-efraimita, en la que se ve amenazada la autonomía política y militar de Jerusalén por parte de Damasco. El ambiente se torna tenso y el profeta Isaías, en cuyo corazón se revela la voluntad de Dios, le expresa al rey la inconveniencia de las alianzas diplomáticas que pretende hacer, invitándolo a apoyarse sólo en las certezas de Dios. El Señor se encargará de dar la “señal” adecuada, para sostener la fe del rey y de su pueblo, a fin de que todos comprendan que la única adhesión en tiempos de crisis es la Alianza que permanece para siempre.

El rey es un hipócrita que pretende ocultar su vacío de fe en una supuesta negativa a pedir una señal al Señor, bajo el pretexto de no tentarlo. Él sólo confía en sus estrategias y fuerzas humanas; se niega a creer que Dios pueda intervenir de otra manera y por eso se muestra evasivo, realizando maniobras dilatorias.

Sin embargo, la sabiduría y la bondad del Señor superan la incredulidad del gobernante. La señal es el anuncio del nacimiento de un futuro rey davídico (Ezequías, su hijo), en quien el pueblo reconocerá la presencia viva e histórica de Dios; un rey justo y piadoso, que será para todos la presencia tangible del mismo Dios. Con razón será llamado: “Emmanuel” (Is 7, 14), compañero de la peregrinación de su pueblo, quien reorientará de nuevo el corazón de Israel a la obediencia al pacto sellado con Dios desde antiguo.

La comunidad de san Mateo, conocedora de las Escrituras, ve en el llamado “libro del Emmanuel” (como lo reconocen los exégetas actuales), un preludio de la acontecido con Jesucristo, el Hijo de Dios. El Evangelista, más que subrayar el tema de la virginidad de María, la madre, que está claramente atestiguado en la narración que hoy escuchamos, pone su acento en el reconocimiento del Mesianismo de Jesús, el hijo de José, el artesano de Nazaret. Lo cumplido en Ezequías en el pasado, se desborda en plenitud con Jesús. Él es el “ungido”

davídico en quien Dios mismo hace presencia real en la historia de su pueblo y de la humanidad entera. No sólo es “Dios con nosotros” como solemos traducir la palabra hebrea “Emmanuel”, sino que pudiéramos expresarlo con una exclamación: ¡Con nosotros está Dios! Todo el amor infinito de Dios y su designio de salvación universal, se han hecho presentes en la carne de Jesús, hijo de José, hijo de David. Y esta cercanía, no se reconoce únicamente en el nacimiento del Mesías, sino que san Mateo, de forma magistral, cierra su Evangelio con esa misma promesa: El Señor Resucitado y Glorificado estará con los suyos, todos los días, hasta el fin del mundo (Mt 28, 20). Como una gran inclusión, tema del comienzo y tema del final, Mateo nos asegura que, en Jesús, el Cristo, está la presencia fiel y eterna de Dios; con nosotros, en nosotros, para nosotros, hasta el final.

2. Dimensión litúrgica:

La oración colecta del Cuarto Domingo de Adviento es una síntesis inigualable de todo el Misterio de la Salvación, que tiene su centro en la Encarnación del Hijo de Dios, pero que alcanza su plenitud en la Pascua (muerte y Resurrección del Señor). De hecho, es la plegaria con la que concluimos la oración del “Ángelus” que rezamos piadosamente y que nos permite, todos los días, hacer la memoria de la Encarnación del Hijo eterno de Dios. Así, la Iglesia nos permite orar la Redención realizada por la vida y obra de Jesucristo, el Hijo encarnado, crucificado, resucitado.

Esta colecta, entonces, se convierte en un memorial de lo que celebramos en el Adviento y la Navidad; no un simple recuerdo ritual de unos hechos ocurridos en la historia del pasado y que representamos cada año, sino la actualización permanente de la salvación que Dios nos ha dado en su Hijo encarnado. No es otro el fin de la Liturgia, sino hacernos presente eficazmente este Misterio santo, centro de nuestra fe cristiana.

3. Aplicación pastoral:

Cómo no detenernos en la hermosa figura de José de Nazareth. El hombre fiel y prudente; el varón justo quien a través de su paternidad adoptiva introduce a Jesús en la estirpe de David, lugar del cumplimiento de las promesas de salvación.

De inmediato vemos el contraste entre Ajaz y José. Mientras el rey de Judá pone su confianza en sus estrategias militares y políticas, acomodando a su amoña la voluntad de Dios, José se dispone a hacer lo que Dios le pide apuntalado únicamente en su fe. Ajaz rechaza la señal de Dios; José la acoge, sin condiciones, porque sabe que en la obediencia está la plenitud de la vida; y, de esta manera, se convierte en el íntimo colaborador de Dios en el gran proyecto de la Encarnación.

Los cristianos tenemos una deuda con José. En el tiempo de Adviento, deberíamos contemplar con el corazón este personaje fundamental de la historia de la salvación y aprender de él.

José es maestro, en silencio, de una virtud fundamental de la vida cristiana: el discernimiento espiritual. Es toda una escuela para descubrir el lenguaje del corazón que nos hace sensibles a la voz de Dios en todos los momentos y circunstancias de la vida, dejándonos conducir por ella. Por lo menos tres son las lecciones que nos da José en el relato de san Mateo que hoy meditamos:

- Aprender a penetrar la realidad, con todo lo que tiene de conflictiva; con sus entramados y tensiones, tratando de ver con claridad su verdad más auténtica. Es lo que hace José en medio de la crisis por lo que está ocurriendo con su futura esposa que se encuentra embarazada por obra del Espíritu Santo. No se apresura a sacar conclusiones; a actuar movido por emociones pasajeras. Se detiene a tratar de entender, desde su fe, lo que está ocurriendo. La misma confianza en el Señor le da mirada aguda para interpretar adecuadamente los eventos que le ocurren.
- Aprender a hacer silencio. José no pronuncia una sola palabra en el Evangelio, pero descubre la voz de Dios que, como susurro suave, siempre habla. Dios no es una entidad muda y distante, sin nada que decirnos. Dios es Palabra eterna pronunciada, siempre sugiriendo lo que nos ayuda a nuestra realización y humanización. José silencia sus pensamientos y sentimientos; se dispone a que lo abrace la Palabra de Dios. Entra en la intimidad de su vida, y se acoge a lo que Dios le pide (el sueño se manifiesta en el texto como acontecimiento por el cual Dios toca la conciencia personal).
- Aprender a actuar a partir del discernimiento realizado. No basta con saber qué hacer en cada momento y quedarnos inmóviles calculando las cosas, agitados por el medio y los prejuicios. José se levanta y hace lo que Dios le revela en su corazón. Sin preguntas, sin miedos, sin razonamientos innecesarios. Se abandona actuando; escucha y actúa. Se entrega, sin medida, con todo lo que es y con todo lo que tiene al proyecto divino, con la certeza de que Dios lleva la historia y tendrá la última palabra.

Que José nos ayude a callar y a discernir, porque nos urge levantarnos y hacer lo que Dios nos pide en el corazón.

INMACULADA CONCEPCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

“LLENA DE GRACIA”

1. Dimensión literaria:

Las lecturas de la Palabra de Dios que iluminan la solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María tienen un punto clave de comprensión en la segunda lectura tomada de la carta a los efesios, donde el autor sagrado afirma que todos, por Cristo Jesús, hemos sido convocados a ser “santos e inmaculados” ante Dios por el amor (Ef 1, 3-10).

Este ser “inmaculados” (según el alcance de la palabra griega utilizada en el texto original: “irreproducible”, “sin mancha”), es una vocación universal de todos los hijos de Dios, no sólo un privilegio exclusivo de la Virgen María. Ciertamente, y es lo que celebramos llenos de gozo en este día, la fe de la Iglesia ve esta obra de Dios realizada en María desde el mismo momento de su concepción; así, la participación en el Misterio salvífico de Jesucristo que nosotros logramos gracia al Bautismo y a nuestra de fe, está realizada plenamente en la Madre del Señor desde el origen de su existencia. Toda María abrazada por la gracia. Con razón, ángel la llama en el Evangelio de Lucas: “llena de gracia” (Lc 1, 28); toda de Dios. Toda envuelta en el amor y la hermosura de Dios; toda ella para Dios y su proyecto.

Pero María no ha vivido de forma pasiva la acción de Dios; no es un instrumento inmóvil de la gracia. Ella, libre y conscientemente, se ha dispuesto completamente y sin obstáculos, con su sí generoso, al designio divino. Toda su vida la puso a disposición del Padre quien quiso contar con ella para ser la madre de su Hijo. María, con un corazón limpio y dispuesto, interrumpe la historia del “no” inaugurada por Eva, que nos representa a todos los que hemos querido construir un proyecto de vida sin Dios o contra Dios, arruinando nuestra vida y marcando la historia humana con el drama del pecado cuyas consecuencias padecemos.

La Virgen nazarena, al contrario de lo que ha ocurrido siempre, ha dado una nueva dirección al camino de la humanidad con su “sí”, permitiendo la entrada de Dios al mundo por la vía de la apertura y la comunión. El caos que generó el egoísmo de los orígenes se ha convertido en torrente de vida y esperanza, en el “hágase” pronunciado por María en Nazareth.

Ésta es la manera concreta de ser santos e irreprochables ante Dios: dar nuestro sí a su voluntad amorosa, que desea nuestra plenitud y felicidad en comunión de amor con Él por medio de su Hijo Jesucristo, el hijo de la Virgen Inmaculada. Esta es la identidad de los hijos de Dios que

el autor de la carta a los Efesios canta en el himno cristológico que se proclama como segunda lectura en esta solemnidad.

2. Dimensión litúrgica:

El dogma de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, proclamado solemnemente por el papa Pio IX en 1854, es expresado litúrgicamente por la colecta de este día y por su prefacio propio. Como todas las oraciones de la Liturgia, se da gracias al Padre por el Misterio de Cristo y su obra de salvación, en este caso especial, aplicada a María desde su concepción en previsión de la muerte redentora de su Hijo.

Purísima debía ser la que diera al mundo al Cordero inocente que quita el pecado del mundo y la que nos alcanzaría con su intercesión todos los dones de la gracia.

Pero la colecta no sólo declara la pureza absoluta de María, desde el mismo instante de su concepción, sino que pide a Dios el don de que todos sus hijos vivamos con corazón limpio, superando con su ayuda, toda mancha de pecado. Se manifiesta, de esta manera particular, el deseo de ser inmaculados como nuestra madre celestial.

3. Aplicación pastoral:

La solemnidad de la Inmaculada Concepción nos permite contemplar a María, la siempre pura y radiante de hermosura. Una mirada llena de admiración y agradecimiento, pero que provoca en nosotros su mismo dinamismo de apertura a la gracia.

María nos muestra que decirle sí a Dios es la mejor de las decisiones humanas. Hemos sido creados para la comunión, no para el encierro en nosotros mismos. Vivir encorvados sobre una existencia sin horizontes y anclada a lo terreno, es conocer la muerte. Dios nos aguarda, como dice el libro del Génesis, en el jardín a la hora de la brisa (Gn 3,8), para dialogar con nosotros y, en esta palabra compartida, llegar a ser lo que debemos ser: hijos suyos en plenitud. María, ha sido la primera de nuestra raza que ha retornado al diálogo original, dándole la cara a Dios; asumiendo los riesgos de esta decisión en la que se jugó la vida entera, pero con la convicción de que Dios llevaría adelante su plan, porque su palabra no defrauda.

Entregarnos por completo a la gracia, como lo hizo María, es la única posibilidad que tenemos de alcanzar la realización de nuestra condición humana, siendo hijos felices que, como la Inmaculada Virgen y su Hijo, le decimos a Dios: “aquí estoy para hacer tu voluntad” (Sal 2).

**María
Niña con el mundo en el alma.**

**Sutil, discreta, oyente,
capaz de correr riesgos.**

**Chiquilla de la espera,
que afronta la batalla
y vence al miedo.**

**Señora del Magnificat,
que canta la grandeza
velada en lo pequeño.**

Y ya muy pronto, Madre.

**Hogar de las primeras enseñanzas,
discípula del hijo hecho Maestro.**

**Valiente en la tormenta,
con él crucificada abriéndote al Misterio.**

**Refugio de los pobres
que muestran, indefensos,
su desconsuelo
cuando duele la vida,
cuando falta el sustento.**

**Aún hoy sigues hablando,
atravesando el tiempo
mostrándonos la senda
que torna cada 'Hágase'
en un nuevo comienzo.**

(José María Rodríguez Olaizola, sj)

FERIAS PRIVILEGIADAS DEL ADVIENTO 2025

INTRODUCCIÓN

La segunda y última etapa del Adviento, del 17 al 24 de diciembre, la Iglesia nos invita a una preparación intensa para acoger a Cristo en la Navidad. Son las ferias mayores o privilegiadas del Adviento, como las denomina la liturgia. Son los días de las “antífonas mayores”, conocidas como las “Antífonas de la O”, que expresan con títulos bíblicos, que son a la vez imágenes llenas de simbolismo, la espera alegre del Mesías: Sabiduría, Señor, Raíz, Llave, Sol, Rey, Emmanuel y Luz, ésta última la expresión más definitiva de la Navidad: Nacimiento, “dar a Luz”.

Cada jornada es una oportunidad para orar, meditar la Palabra en un espíritu sereno y confiado, sobrio y festivo y así renovar nuestra esperanza.

*ERO CRAS
“Mañana vendré”*

DICIEMBRE 17

“Oh, Sabiduría”

“Cristo, el hombre nuevo, es la sabiduría encarnada de Dios”

1. Los textos bíblicos de este día.

(Gn 49, 2.8-10): El Génesis presenta a Jacob bendiciendo a sus hijos, en especial a Judá, de quien brotará el cetro real, es ya un anuncio mesiánico: “No se apartará el cetro de Judá... hasta que venga aquel a quien pertenece el cetro”, es la promesa que funda la esperanza futura.

Salmo 71 (72), 1-2.7-8.12-13.17 “Que en sus días florezca la justicia”.

(Mt, 1, 1-17): El Evangelio, con la genealogía de Mateo, por su parte, subraya la historia concreta de la salvación llena de fragilidad humana a lo largo de 42 generaciones, en tres bloques de 14, entre Abraham y David, David y el Exilio, y el Exilio y Cristo, de tal forma que el evangelista quiere resaltar que Jesús es el Hijo de David, el Mesías definitivo y esperado. Esta historia es conducida por la fidelidad divina y Cristo es el centro y la meta de la historia de la salvación.

“Cristo es la Sabiduría del Padre, que se ha hecho para nosotros justicia, santificación y redención.” (San Atanasio, Contra los arrianos, II,78)

2. La Palabra de Dios en la liturgia.

Se inauguran las antífonas de la O, que invocan a Cristo como Sabiduría eterna, principio de orden y plenitud. Todo el protagonismo lo tiene la expectativa del nacimiento de Cristo. Comienza esa preparación inmediata y solemne de la Navidad. La liturgia resalta la fidelidad de Dios, lo promesa de la antigua alianza se cumple plenamente en Cristo. En la oración de la Iglesia, el Magníficat y la antífona “Oh Sabiduría”, son claves para orar en tono de esperanza confiada y preparación inmediata para la Navidad.

3. Compromiso pastoral y apostólico.

La comunidad es invitada a reconocer que la historia personal y comunitaria está tejida de luces y sombras, pero Dios actúa en ella con sabiduría. A nivel pastoral, se puede invitar a

redescubrir la propia historia personal y familiar como lugar de salvación. Es una espera activa y confiada, sabiendo que Dios conduce nuestra historia, respetando nuestra libertad, pero llevando con sabiduría su proyecto sobre nosotros y la humanidad.

Finalmente, el 17 de diciembre es la feria privilegiada que inaugura la preparación solemne de la Navidad proclamando que Cristo, la sabiduría eterna, da sentido a la historia y la conduce hacia su salvación.

DICIEMBRE 18

Oh, Adonai

“Cristo, la Palabra que se hace carne, es el Señor”

1. Los textos bíblicos de este día.

(Jr 23, 5-8): El profeta anuncia que Dios suscitará un “renuevo justo” del linaje de David, que reinará con sabiduría y justicia. Es una profecía mesiánica que anticipa a Cristo como el Rey justo y Salvador: “Este será su nombre: El Señor, nuestra justicia”.

Salmo 71 (72), 1-2.12-13.18-19: “Que venga el Señor, rey de justicia y paz.”

(Mt 1, 18-24): Relata la anunciación a José. El ángel revela que el hijo concebido en María viene del Espíritu Santo, y que se llamará Jesús, “porque salvará a su pueblo de sus pecados”. También se cumple la profecía de Isaías: “La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que significa ‘Dios con nosotros’”.

Bíblicamente, el 18 de diciembre es un día clave: une la esperanza mesiánica del Antiguo Testamento con el cumplimiento en Cristo a través de la obediencia de José.

“El mismo que dio la Ley en el Sinaí se manifestó en carne: no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla.” (San Ireneo, *Contra las herejías*, IV,9,1).

2. La Palabra de Dios en la liturgia.

Antífona de la O: “Oh, Adonai”

“Oh Adonai, Pastor de la casa de Israel, que te apareciste a Moisés en la zarza ardiente y en el Sinaí le diste tu ley: ven a librarnos con el poder de tu brazo.” Aquí se evoca a Cristo como el

Señor y Legislador, el que guía a su pueblo con fuerza y ternura. La liturgia resalta a José como modelo de fe obediente, silencioso y justo, que acoge el misterio de Dios. Subraya la encarnación del Emmanuel, el cumplimiento de las promesas en la historia concreta. Se mantiene el clima solemne de preparación inmediata a la Navidad.

3. Compromiso pastoral y apostólico.

Obediencia confiada: José enseña que acoger el plan de Dios, aunque no se entienda del todo, es fuente de salvación y paz.

Dios-con-nosotros: La Navidad no es solo memoria de un hecho pasado, sino certeza de la presencia actual de Dios en la vida personal y comunitaria.

Justicia y esperanza: El Mesías es presentado como “el Señor, nuestra justicia”; esto invita a trabajar por la justicia social, la reconciliación y la paz en el mundo actual.

Discernimiento en la fe: José es ejemplo de discernimiento: escucha la voz de Dios en sueños y actúa. Pastoralmente, es un llamado a abrir los oídos y el corazón a la Palabra en medio de dudas y dificultades.

En conclusión, el 18 de diciembre destaca bíblicamente la profecía de Jeremías y la anunciaciación a José; litúrgicamente, la antífona “Oh Adonai” presenta a Cristo como Señor y Libertador; y pastoralmente, se invita a vivir la obediencia de la fe, la certeza de que Dios está con nosotros, y el compromiso con la justicia.

DICIEMBRE 19

“Oh raíz sagrada”

“Cristo, el anhelado de la humanidad, es la raíz de nuestra esperanza”

1. Los textos bíblicos de este día.

(Jue 13, 2-7.24-25): Relata el anuncio del nacimiento de Sansón realizado milagrosamente a una mujer estéril. Este texto subraya la acción poderosa de Dios que interviene en la historia para suscitar libertadores de su pueblo. Prefigura a María como mujer escogida para dar a luz, no a un juez temporal, sino al Salvador eterno.

Salmo 70 (71), 3-4.5-6.16-17: “Que su nombre sea eterno y su fama dure.”

(Lc 1, 5-25): La anunciación a Zacarías sobre el nacimiento de Juan el Bautista. Zacarías duda del anuncio y queda mudo hasta que se cumpla la promesa. Este relato resalta que Dios cumple sus planes, aunque excedan las seguridades humanas. Juan será el precursor que prepara al pueblo para el Señor.

El hilo bíblico central es la acción de Dios que da vida donde hay esterilidad, preparando así la llegada del Mesías.

“De la raíz de Jese brotó un renuevo: de María nacio Cristo, en quien toda la esperanza de los pueblos florece.” (San Jerónimo, Comentario a Isaías, 11,1).

2. La Palabra de Dios en la liturgia.

Antifona de la O: “Oh Raíz de Jese”

“Oh Raíz de Jese, que te alzas como signo para los pueblos, ante quien enmudecern los reyes, y cuya ayuda implorarn las naciones: ven a librarnos, no tardes más.”

Aquí se presenta a Cristo como raíz y brote de la dinastía de David, que une en sí la esperanza mesiánica. Se subraya su universalidad: no solo Israel, sino todas las naciones lo reconocerán como Salvador. La imagen de la “raíz” remite a la fecundidad que brota de lo pequeño y humilde. El énfasis está en la esperanza que renace, aun en medio de la esterilidad, la duda o la fragilidad humana. La liturgia pone de relieve la fidelidad de Dios a sus promesas, que siempre se cumplen en el tiempo oportuno.

3. Compromiso pastoral y apostolico.

Esperanza en la fragilidad: Dios actúa en situaciones humanas de esterilidad y límite. Esto da esperanza a las personas y comunidades que sienten que no hay salida: El puede hacer brotar vida nueva.

Confianza en las promesas: Aunque Zacarías duda, Dios cumple su palabra. Pastoralmente, esto enseña a confiar incluso cuando las circunstancias parecen imposibles.

Universalidad de la salvación: La antifona recuerda que el Mesías es signo para todos los pueblos. La Iglesia está llamada a vivir una pastoral abierta, universal y misionera, sin exclusiones.

Humildad fecunda: Cristo es raíz humilde que brota de Jese; de lo pequeño y aparentemente débil Dios hace surgir lo decisivo.

En definitiva, el 19 de diciembre resalta bíblicamente los nacimientos anunciados de Sansón y Juan como preparación del Mesías; litúrgicamente, la antífona “Oh Raíz de Jesé” proclama a Cristo como signo de esperanza para todas las naciones; y pastoralmente, invita a vivir la esperanza en la fragilidad, la confianza en las promesas divinas y la apertura universal del Evangelio.

DICIEMBRE 20

“Oh llave de David”

Cristo es la llave de Dios que abre el futuro a la esperanza

1. Los textos bíblicos de este día.

(Is 7, 10-14): El profeta Isaías anuncia la señal que dará el Señor: “La virgen está encinta y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel”. Este pasaje es fundamental en la tradición cristiana porque anuncia claramente el misterio de la encarnación: el Mesías nacerá de una virgen, como signo del amor fiel de Dios a su pueblo.

Salmo 23 (24), 1-2.3-4ab.5-6: “Que se abra la puerta al Rey de la gloria.”

(Lc 1, 26-38): La Anunciación a María. El ángel Gabriel proclama: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”. María, en actitud de escucha y disponibilidad, responde con su “Hágase”, acogiendo la misión de ser Madre del Salvador.

El centro bíblico del día es la encarnación del Verbo por obra del Espíritu Santo en María y su respuesta de fe total, confiada y entregada.

“Cristo, descendiente de David, abre lo que nadie puede cerrar y cierra lo que nadie puede abrir: la puerta del Reino a los creyentes.” (San Agustín, Sermón 46, 36)

2. La Palabra de Dios en la liturgia.

Antífona de la O: “Oh Llave de David”

“Oh Llave de David y Cetro de la casa de Israel, que abres y nadie puede cerrar, que cierras y nadie puede abrir: ven y libra a los cautivos que viven en tinieblas y en sombra de muerte.”

Presenta a Cristo como el único que abre el acceso a la salvación. La llave simboliza su poder

para abrir las puertas del Reino y liberar de la esclavitud del pecado. Se asocia también al poder mesiánico anunciado en Isaías (22,22): “Pondré sobre su hombro la llave de la casa de David”. La liturgia centra la mirada en el sí de María, que permite que Dios entre en la historia humana. Se acentúa el misterio de la libertad y obediencia de la Virgen, unidas a la acción poderosa del Espíritu Santo.

Es un día muy mariano dentro del Adviento, como modelo de fe para la Iglesia.

3. Compromiso pastoral y apostólico.

Disponibilidad a la voluntad de Dios: María enseña a decir “sí” con confianza, incluso en lo que sobrepasa la comprensión humana.

Cristo libera de esclavitudes: La llave de David simboliza que solo Cristo puede abrinos la verdadera libertad, sacándonos de las tinieblas del pecado, el miedo y la desesperanza.

Fe activa y confiada: La encarnación muestra que la salvación no es algo lejano, sino una presencia cercana. Pastoralmente, se invita a confiar en que Dios entra hoy en nuestras realidades concretas.

Modelo de Iglesia: María, que acoge la Palabra, es figura de la Iglesia llamada a ser fecunda y disponible para la misión evangelizadora.

En resumen, el 20 de diciembre proclama bíblicamente la profecía de Isaías y la Anunciación a María; litúrgicamente, la antífona “Oh Llave de David” presenta a Cristo como quien abre las puertas de la salvación y libera de toda esclavitud; y pastoralmente, invita a vivir la disponibilidad de María, la confianza en la acción de Dios y la certeza de que Cristo trae libertad y vida nueva.

DICIEMBRE 21

Oh Sol que naces de lo alto

“Cristo es el sol de justicia que alumbría a la humanidad”

1. Los textos bíblicos de este día.

(Ct 2, 8-14 o Sof 3, 14-18): El Cantar de los Cantares muestra la llegada del amado que irrumpió con fuerza y ternura: “¡Mira, el invierno ha pasado, la lluvia cesó y se fue!” Es una imagen

poética de la visita de Dios que transforma la vida. Sofonías, por su parte, invita a la alegría: “¡Alégrate, hija de Sión, grita de gozo, Israel! El Señor está en medio de ti.”

Salmo 32 (33), 2-3.11-12.20-21: “Aclamen, justos, al Señor, cántenle un cántico nuevo.”

(Lc 1, 39-45): La Visitación de María a Isabel. María, movida por el Espíritu, lleva en su seno a Jesús y hace saltar de gozo al niño en el vientre de Isabel. Isabel proclama a María “bendita entre todas las mujeres” y “madre de mi Señor”.

El núcleo bíblico es la alegría del encuentro y la presencia salvadora de Dios que llega a transformar vidas.

“Cristo es el Sol de justicia que viene de lo alto; con su resplandor ilumina a quienes yacían en las tinieblas.” (San Cipriano, Epístola 55,8)

2. La Palabra de Dios en la liturgia.

Antífona de la O: “Oh Sol que naces de lo alto”

“Oh Sol que naces de lo alto, resplandor de la luz eterna, sol de justicia: ven ahora a iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte.”

Presenta a Cristo como el Sol de justicia que disipa la oscuridad y trae la luz definitiva de la salvación. Se conecta con la Visitación, donde la presencia de Cristo ilumina y llena de gozo la vida de Isabel y Juan. El 21 de diciembre la liturgia tiene un tono de alegría anticipada, como un destello de Navidad. El canto del Magníficat cobra especial fuerza, pues María es modelo de quien reconoce la grandeza de Dios y se alegra en Él.

3. Compromiso pastoral y apostólico.

Cristo, luz en la oscuridad: Pastoralmente, este día recuerda que la venida de Cristo trae luz a las tinieblas de la tristeza, el pecado y la desesperanza.

La fe que contagia alegría: María no se encierra en su propio misterio, sino que corre presurosa a servir. Su presencia lleva gozo y confirma la fe de Isabel. Se invita a una pastoral de cercanía y servicio.

Alegría compartida: La Visitación enseña que la fe auténtica no se guarda, se comunica. El cristiano está llamado a ser portador de Cristo, generando gozo en los demás.

La Iglesia misionera: Como María, la Iglesia es llamada a salir con prontitud al encuentro de las realidades humanas, para llevar la luz de Cristo a quienes más lo necesitan.

En conclusión, el 21 de diciembre proclama bíblicamente la Visitación y la alegría mesiánica; litúrgicamente, la antífona “Oh Sol que naces de lo alto” presenta a Cristo como luz que vence las tinieblas; y pastoralmente, invita a vivir la alegría compartida, la misión cercana y el testimonio luminoso que contagia esperanza.

DICIEMBRE 22

Oh rey de las naciones

Cristo es el reino de Dios que establece como patria la esperanza

1. Los textos bíblicos de este día.

(1 Sam 1, 24-28): Presenta la entrega de Samuel por parte de Ana, su madre, como ofrenda al Señor en agradecimiento por el don recibido. Ana, antes estéril, reconoce que su hijo es un regalo de Dios y lo consagra totalmente a Él. Este gesto anticipa la actitud de disponibilidad y entrega que caracteriza a María.

Salmo 1 Samuel 2, 1.4-5.6-7.8abcd: “Mi corazón se regocija en el Señor, mi Salvador.”

(Lc 1, 46-56): El Magníficat de María. Es un canto de alabanza en el que la Virgen proclama la grandeza de Dios y reconoce su acción en favor de los humildes y pequeños. María aparece como la mujer creyente que interpreta su historia y la historia de la humanidad desde la fidelidad de Dios a sus promesas.

Bíblicamente, el 22 de diciembre resalta la gratitud, la entrega y la alabanza confiada, anticipando la alegría plena de la Navidad.

“Cristo es la piedra angular: une en sí a judíos y gentiles, derribando el muro de la enemistad.”
(San Juan Crisóstomo, Homilía sobre Efesios, II,14)

2. La Palabra de Dios en la liturgia.

Antífona de la O: “Oh Rey de las naciones”

“Oh Rey de las naciones y Deseado de los pueblos, piedra angular de la Iglesia, que de dos pueblos haces uno solo: ven y salva al hombre que formaste del barro de la tierra.”

Cristo es presentado como el Rey universal, deseado por todos, que une a los pueblos en una

sola familia. La imagen de la piedra angular subraya que Él es el fundamento de la Iglesia y la unidad.

El tono de esta antífona es profundamente mesiánico y misionero: muestra al Mesías como el único capaz de reconciliar y dar cohesión a la humanidad dividida. La liturgia pone de relieve la alabanza cósmica y universal que precede al nacimiento del Salvador.

El Magníficat se convierte en un himno comunitario que exalta la acción de Dios en la historia.

3. Compromiso pastoral y apostólico.

Gratitud y entrega: Como Ana ofrece a Samuel y María canta el Magníficat, también nosotros somos llamados a vivir la fe como un don que se comparte y se entrega para el servicio del Reino.

Cristo, Rey de unidad: En un mundo marcado por divisiones, guerras y polarizaciones, la liturgia de este día proclama que Cristo es el único que puede reconciliar y hacer de todos un solo pueblo.

La opción por los pobres: El Magníficat recuerda que Dios derriba a los poderosos y enaltece a los humildes. Pastoralmente, es un llamado a trabajar por la justicia, la inclusión y la dignidad de los pequeños.

Iglesia constructora de unidad: El ser “piedra angular” nos invita a que la comunidad cristiana viva como signo visible de reconciliación, paz y fraternidad universal.

DICIEMBRE 23

Oh, Emmanuel

“Cristo, Dios que acampa entre nosotros y acompaña nuestra peregrinación”

1. Los textos bíblicos de este día.

(Ml 3, 1-4.23-24): El profeta Malaquías anuncia la llegada del mensajero que prepara el camino del Señor, identificado por la tradición con Elías. Este texto subraya la purificación del pueblo y la restauración de la justicia antes de la llegada del Mesías.

Salmo 24 (25), 4-5ab.8-9.10.14: “Descúbrenos, Señor, tus caminos.”

(Lc 1, 57-66): El nacimiento de Juan el Bautista. Isabel da a luz y, contra toda expectativa, el niño recibe el nombre de Juan. Zacarías, al confirmar este nombre en obediencia al mandato divino, recobra la palabra y bendice a Dios. El texto subraya que la mano del Señor está con el niño, destinado a preparar al pueblo para el Señor.

Bíblicamente, el 23 de diciembre resalta el cumplimiento de las promesas y la misión de Juan como precursor de Cristo, que allana los caminos para el Salvador.

“Emmanuel significa: Dios con nosotros. En la humanidad de Cristo, Dios se hizo cercano, para habitar en medio de nosotros y salvarnos.” (San Cirilo de Alejandría, Comentario a Isaías, 7,14)

2. La Palabra de Dios en la liturgia.

Antífona de la O: “Oh Emmanuel”

“Oh Emmanuel, rey y legislador nuestro, esperanza de las naciones y salvador de los pueblos: ven a salvarnos, Señor y Dios nuestro.”

Cristo es invocado como Emmanuel: Dios-con-nosotros, título central del Adviento. La antífona une las dimensiones de realeza, esperanza y cercanía divina: el Dios trascendente se hace cercano y salvador. Es la última de las “antífonas mayores”, y concentra toda la expectativa de la Iglesia en la inminente Navidad.

La liturgia de este día está marcada por una expectación solemne: la Navidad está a las puertas. Juan el Bautista aparece como figura de transición: el último profeta que señala directamente al Mesías.

3. Compromiso pastoral y apostólico.

Cristo, Dios-con-nosotros: La fe no es creer en un Dios lejano, sino en uno que se hace cercano en Jesús. Pastoralmente, esto invita a vivir la confianza en la presencia de Dios en la vida diaria.

Preparación activa: Así como Juan prepara el camino del Señor, los cristianos están llamados a ser precursores de Cristo en el mundo, con gestos concretos de justicia, reconciliación y paz.

Obediencia de la fe: Zacarías recupera la voz al obedecer la voluntad de Dios. Esto enseña que la verdadera libertad y plenitud se alcanzan en la fidelidad a su Palabra.

La esperanza compartida: Emmanuel no es solo para unos pocos, sino “esperanza de las naciones”. Pastoralmente, se invita a abrir la Navidad a una dimensión universal y solidaria.

En resumen, el 23 de diciembre proclama bíblicamente el nacimiento de Juan el Bautista y el anuncio del mensajero que prepara el camino; litúrgicamente, la antífona “Oh Emmanuel” concentra la expectativa de toda la Iglesia en el Dios que viene a habitar entre nosotros; y pastoralmente, invita a vivir la presencia cercana de Dios, la obediencia de la fe y el compromiso activo de preparar el camino del Señor en la historia.

DICIEMBRE 24

Ya viene la Luz

“Sobre ti, amanecerá el Señor” (Is 60,2)

1. Los textos bíblicos de este día.

(2 Sam 7, 1-5.8b-12. 14a.16): El profeta Natán transmite a David la promesa de Dios: no será David quien construya una casa al Señor, sino que será Dios quien le edificará una casa, es decir, una dinastía. Esta promesa mesiánica anuncia la llegada de un descendiente de David cuyo reino será eterno.

Salmo 88 (89), 2-3.4-5.27.29: “Cantaré eternamente las misericordias del Señor.”

(Lc 1, 67-79): El Benedictus de Zacarías. Inspirado por el Espíritu Santo, Zacarías proclama la fidelidad de Dios que cumple su promesa de salvación. Reconoce a su hijo Juan como profeta que preparará los caminos del Señor y bendice al Dios que “nos visitará, el sol que nace de lo alto”.

Bíblicamente, el 24 de diciembre es el canto del cumplimiento definitivo de las promesas y la proclamación de que la salvación ya está presente y a punto de manifestarse plenamente en Jesús.

“El nacimiento de Cristo es la aurora de nuestra salvación: la noche de los siglos se disipa y amanece el verdadero Sol.” (San León Magno, Sermón 22 sobre la Natividad).

2. La Palabra de Dios en la liturgia.

Esta jornada es de expectación máxima, pues en la noche se celebra la Misa del Nacimiento del Señor. Todo en la liturgia señala la inminencia de la luz de Cristo, que disipa las tinieblas. El Benedictus se convierte en oración clave: anuncia la aurora de la salvación y prepara el corazón para recibir a Jesús, el sol naciente.

Antífona del día (según tradición hispana): Aunque las grandes antífonas de la “O” concluyen el 23 de diciembre, en algunos contextos se resalta este día con una proclamación especial: “Ya viene la Luz”. Este título concentra el espíritu de la víspera: la oscuridad toca su fin y la luz de Cristo está por irrumpir.

3. Compromiso pastoral y apostólico.

Esperanza cumplida: El 24 de diciembre recuerda que la espera no es en vano: Dios cumple sus promesas. Pastoralmente, esto se traduce en un llamado a confiar en que también hoy Dios actúa en nuestra historia.

Cristo, sol que nace de lo alto: El Benedictus proclama a Jesús como luz que guía nuestros pasos por el camino de la paz. La comunidad cristiana está invitada a vivir la Navidad como un nuevo amanecer de fraternidad y reconciliación.

Preparación interior: Antes de la celebración de la Misa de la Nochebuena, este día es ocasión para disponer el corazón, con gratitud y apertura, a recibir al Señor que viene.

Dimensión comunitaria: La salvación no es un hecho aislado, sino un acontecimiento para todo el pueblo. La pastoral de este día invita a vivir la fe de manera comunitaria, celebrando juntos el don de Emmanuel.

En definitiva, el 24 de diciembre proclama bíblicamente la promesa hecha a David y el canto del Benedictus; litúrgicamente, señala la expectación máxima de la Navidad, marcada por la inminencia de la luz de Cristo; y pastoralmente, invita a vivir la esperanza cumplida, la preparación interior y la apertura comunitaria a la salvación que está por manifestarse en Jesús, luz que ilumina a todos los pueblos.

Conclusión.

Las ferias privilegiadas de Adviento forman un itinerario que une:

1. Promesa y cumplimiento bíblico (Dios fiel a su Palabra).
2. Riqueza litúrgica de las antífonas de la “O”, que presentan títulos mesiánicos de Cristo.
3. Aplicación pastoral que invita a la fe confiada, la misión gozosa, la justicia y la esperanza.

En conjunto, son una novena litúrgica de preparación para la Navidad, que nos dispone a recibir a Cristo como Sabiduría, Señor, Raíz, Llave, Sol, Rey, Emmanuel y Luz.

SOLEMNIDAD DE LA NAVIDAD DEL SEÑOR

“Y LA PALABRA LLEGÓ A SER CARNE”

1. Dimensión literaria:

El texto evangélico que propone la Iglesia para la solemnidad del nacimiento del Señor es el prólogo teológico del cuarto Evangelio (Jn 1). No proclamamos el relato del nacimiento de Jesús en Belén que se leyó en la misa de “media noche” (Lc 2), sino que somos invitados a profundizar en el sentido del Misterio conmemorado. Con la ayuda de san Juan, penetramos la intimidad misma de Dios donde está la significación última de lo que festejamos.

Sólo en Dios está el origen absoluto de Jesús, el niño nacido para nuestra salvación. Este pequeño, en brazos de su madre y bajo la mirada absorta de su padre adoptivo, José, es la misma Palabra de Dios hecha carne que habita entre nosotros.

No miramos sólo el pesebre; contemplamos el corazón de Dios de donde viene el Hijo que nos ha nacido, el niño que nos ha sido dado, como decía el profeta Isaías en la primera lectura de la misa de “media noche” (Is 9, 6-7).

Juan, con una altura teológica sin igual; con un lenguaje poético exquisito y simple, nos presenta al niño que adoramos: es la Palabra (aunque el texto está escrito en griego, toda la mentalidad semita está presente en este prólogo), la revelación, la comunicación de Dios. Palabra no es sólo la locución verbal pronunciada, sino la eficacia de un acontecimiento. Todo el amor de Dios; su misericordia infinita; su deseo irrevocable de salvación; todo el Misterio de Dios que no es una idea sino un evento de gracia y donación sin reservas, “ha llegado a ser carne” que es la mejor traducción del texto de Jn 1, 14. “Resultó ser carne”, traducen algunos. Dios se ha “humanado”, asumiendo todo lo que tiene de bella y débil nuestra condición humana.

Dios no vino al mundo por otro camino que no fuera la encarnación; ha sido su estilo, su modo de ser para nosotros. Nuestra humanidad pequeña, frágil, menesterosa, mortal ya es la carne de Dios mismo. Algo absurdo a la razón, pero sólo posible para un Dios completamente enamorado de nosotros. Dios se ha acercado de tal manera a los hombres, para compartirles su vida misma, que puso su tienda de campaña entre nosotros. Ya no hay distancia entre Dios y nosotros; ya no busca Dios ser adorado con reverencia solemne, sino ser vivido concretamente en cada corazón. Dios se ha puesto en nuestros brazos en la pequeñez de un indefenso bebé que

solo desea ser amado. Nuestra carne es la suya para siempre. Y hemos contemplado su gloria, lleno de gracia y verdad, como culmina el mismo texto que se ha proclamado (Jn 1, 15).

2. Dimensión litúrgica:

La Iglesia celebra el Misterio de la Navidad del Señor con cuatro formularios litúrgicos para cuatro Eucaristías celebradas en horarios diferentes.

La eucología para la llamada misa “del día” expresa en su colecta lo que ha ocurrido con la Encarnación y el Nacimiento de Jesucristo: el Hijo eterno hecho hombre en el seno virginal de María se ha dignado compartir con nosotros su naturaleza divina para que llegáramos a ser en hijos en Él, el “Unigénito Dios” (como lo llama san Juan en su prólogo). Maravilloso intercambio, como lo canta también la liturgia de estos días santos.

Es hermoso ver cómo el efecto de todo este acontecimiento que conmemoramos en la Iglesia, es la “filiación divina”; la participación en la misma vida de Dios. Y por eso, todo habla de vida y de luz.

Además, el prefacio I de Navidad, proclamando la presencia de la Palabra hecha carne entre nosotros, nos ayuda a contemplar visiblemente el amor de Dios que se ha hecho palpable en Jesucristo. Pedimos al Padre que, conociéndolo visiblemente en Cristo, podamos experimentar la infinita dicha de un amor que es eterno y nos eterniza.

3. Dimensión pastoral:

La Iglesia no celebra fechas, sino acontecimientos de salvación. La liturgia tiene el poder, por la fuerza del Espíritu Santo, de hacer presente los acontecimientos salvíficos ocurridos de una vez para siempre, con toda su eficacia, en el hoy de nuestras vidas; no como una repetición teatral, sino como presencialización del Misterio conmemorado. Esto deberíamos tenerlo presente para todas las celebraciones del año litúrgico, especialmente para la Navidad del Señor, que a veces queda reducida a un simple recuerdo folclórico de un evento histórico, que despierta emociones tan pasajeras que se confunden con las que generan las fiestas de fin de año.

Seguramente, si el nacimiento del Señor lo celebráramos en otro momento del calendario civil, podríamos vivirlo con mayor fe y asombro, como lo exige el Misterio de la Encarnación y venida al mundo de Jesucristo, Palabra del Padre que ha puesto su morada entre nosotros.

Una de las tareas más urgentes y necesarias que tenemos los cristianos es la de recuperar el sentido cristiano de la Navidad. Una navidad secuestrada por el consumismo interesado y superficial; indigestada y embriagada por el exceso de comida y bebidas; una navidad

encandilada con tantas luces y aturdida por el ruido de la música y la pólvora. Y el único camino para hacerlo, es el mismo que Dios escogió para visitarnos: el de la Encarnación. Asumiendo lo humano con todo lo que tiene de posibilidad de vida y felicidad. Implicándonos en todas causas nobles que hacen la vida más bella, más llevadera, más plena, más dichosa, más digna de nuestra vocación fundamental de hijos. Humanizando la historia para que los valores de la Navidad se vivan sin reparos: la alegría verdadera, el amor entregado sin límites, la acogida, la sencillez, la austerdad, el asombro.

La venida de Dios al mundo en Jesús, nos da lecciones de vida a los seres humanos que no sabemos vivir. Qué paradoja tan maravillosa: Dios se ha hecho hombre para que aprendamos a ser hombres. Ha venido el Hijo de Dios para que seamos hijos como Él.

SAGRADA FAMILIA DE NAZARETH

“LEVÁNTATE”

1. Dimensión literaria:

En ambiente todavía navideño, la Iglesia nos convoca para celebrar en este domingo la fiesta de la Sagrada Familia de Nazareth: Jesús, María y José. Y propone para la meditación, tres hermosas lecturas: dos de ellas, siempre aparecen en todos los ciclos litúrgicos (Eclesiástico y Colosenses) y, el Evangelio, de san Lucas, sí cambia cada año.

Nos detendremos en el texto evangélico de “la huida a Egipto” (Mt 2), el cual nos da pistas claras de reflexión para nuestras familias tan necesitadas siempre de una palabra de esperanza que venga de Dios. A fin de que siga resonando entre nosotros, como solía decir san Juan Pablo II, el “Evangelio de la familia”.

Penetrando desde la fe el pasaje evangélico en el que nos hemos detenido en este día, caemos en la cuenta de que la frase más repetida es la orden que le da Dios a José por medio del mensajero: “Levántate, toma a tu mujer y al niño” (Mt 2,13).

El verbo en imperativo que utiliza san Mateo es el verbo griego “egéiro” que admite múltiples significados: “despertar”, “levantarse” (de estar sentado o acostado; de la enfermedad o de la muerte), “ponerse en pie”. Resaltamos que es el mismo verbo que utiliza el Segundo Testamento para la Resurrección del Señor, lo que indica su carácter pascual.

José, como jefe de la familia (familia en hebreo se expresa con el término “Bet-’ab” que significa “cada del padre”), recibe el encargo de proteger a su esposa y a su pequeño hijo Jesús del peligro que representan Herodes, el Grande, y sus secuaces que quieren acabar con el pequeño.

Cumple esta tarea con la responsabilidad que lo caracteriza, asumiendo con valentía y fe lo que Dios le sugiere en su corazón. Sabe que tiene al frente una familia que lo necesita y no duda en obedecer el mandato de Dios. Se confirma, con esta actitud, lo que el mismo Mateo ha dicho de José y que escuchamos en el Cuarto Domingo de Adviento: que era un hombre “justo” (Mt 1, 19). Aquí la justicia excede el simple cumpliendo de normas y mandatos religiosos, para alcanzar una dimensión nueva de actuación silenciosa y entregada, en sintonía perfecta con lo que se discierne en lo más íntimo del corazón donde somos habitados amorosamente por el Misterio inefable de Dios. Las acciones son fruto, por lo tanto, de ese diálogo profundo con el querer de Dios que ocurre en lo más secreto de la conciencia (el tema de los sueños tan recurrente en estos relatos de la infancia en san Mateo).

José escucha la voz de Dios en su interior, se levanta con prontitud, “toma” a su mujer y al niño y hace lo que debe hacer que se corresponde a lo que Dios desea. Este es el itinerario de fe, no sólo del joven artesano de Nazareth, sino como lo hemos venido comprendiendo en este tiempo de Adviento y Navidad, de María, su esposa y lo será del mismo Jesús. Una familia de creyentes en Dios, quienes no estuvieron exentos de crisis y problemas muy delicados, pero que salieron al paso de todos los tropiezos siendo obedientes al Dios que dirige los acontecimientos de la historia.

Aquí tenemos, entonces, un camino de restauración familiar: discernir lo que Dios quiere y sueña para que nuestros hogares sean de verdad lugares donde se acoja y se cuida la vida; espacios de comunicación assertiva y afectiva; remansos de libertad y de paz compartida; hogueras de amor donde se fragüen el presente y el futuro de una sociedad nueva que anticipa la plenitud del Reinado de Dios que se hizo presente en Jesús, el hijo de María y de José.

2. Dimensión litúrgica:

La fiesta de la Sagrada Familia se inserta en el ciclo navideño. No podría tener mejor marco celebrativo porque, como lo hemos dicho, Dios se ha encarnado en una familia como la nuestra.

La colecta de este día, resalta el tema de “las virtudes domésticas” que aprendemos de la familia de Nazareth en espera de compartir con ellos la vida eterna en el hogar del cielo.

Es una súplica confiada a Dios para que bendiga a nuestras familias, pero también para que aprendamos a vivir según el modelo del hogar de Jesús. La segunda lectura del día, de la carta a los Colosenses, presenta un magnífico elenco de estas virtudes que hoy pedimos a Dios.

3. Aplicación pastoral:

Al detenernos ante el pesebre, nos damos cuenta de que la verdadera protagonista de la Navidad es una familia. Un hogar conformado, de forma sencilla, por los miembros que encontramos en los nuestros: un padre, José, artesano justo a quien Dios le confió la tarea de custodiar a su familia en la tierra; una madre, María, de humilde y limpio corazón, que ha dado a luz al Mesías y, el hijo, Jesús, recién nacido en circunstancias de pobreza y marginación que nos asombran. Todo esto para recordarnos que la manera que Dios escogió para entrar en el mundo es la misma por la que todos nosotros hemos nacido a la vida: en el seno de una familia. Como escuchamos con frecuencia y con suficientes argumentos, la familia está en crisis por múltiples factores que amenazan su identidad y su misión en la sociedad y en la Iglesia. Pero ha llegado el momento de superar los simples diagnósticos pesimistas y comenzar a actuar con la misma vehemencia y radicalidad con la que José protege su hogar en circunstancias de extremo peligro.

La orden: “levántate” que escucha José en su sueño, la deberíamos escuchar hoy, cada uno de nosotros, desde el puesto que ocupa en su hogar y con las tareas que debe cumplir con responsabilidad y amor. Nuestras familias se tienen que levantar pronto de sus situaciones de postración y de muerte en las que se encuentran: las divisiones, el desamor, la falta de diálogo creativo y respetuoso, las infidelidades, las tensiones e indiferencia. Debemos “resucitar” nuestros hogares a la vida verdadera que brota del corazón de Dios que es familia eterna (comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo) y esto sólo es posible cuando escuchamos con alegría la voz del Señor, como lo hizo José. Escuchar, discernir y actuar con valentía; no hay tiempo que perder. Los nuevos “Herodes” nos persiguen a muerte y quieren destruir la familia según el diseño que Dios ha revelado para ella desde el origen. Si actuamos de esta manera, entonces las palabras de los discípulos de san Pablo en la carta a los Colosenses se cumplirán: las familias, aún con sus problemas y dificultades que nunca faltarán, incluso con sus fracturas, serán espacios vitales donde habitarán la misericordia entrañable, la bondad, la humildad; donde seremos capaces de sobrellevarnos mutuamente y perdonarnos de corazón (Col 3). Teniendo claro, como lo tuvo la Sagrada Familia de Nazareth, que “por encima de todo estará el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada” (Col 3, 14).

SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

“QUE DIOS NOS CONCEDA SU PAZ”

1. Dimensión literaria:

Para el primer día del año civil, la Iglesia nos propone tres lecturas de la Palabra de Dios que acompañan la solemnidad de la Maternidad divina de la Santísima Virgen María, pero también sirven de proyecto de vida para quienes iniciamos un nuevo año.

La primera lectura nos trae la bendición aarónica dispuesta en Israel para el año nuevo; la segunda lectura, tomada de la carta a los Gálatas, nos habla de nuestra condición de hijos de Dios en Cristo Jesús, nacido de una mujer; y el Evangelio de san Lucas, nos relata la adoración de los pastores al niño Jesús en el pesebre.

En razón de la brevedad de este comentario, nos detenemos en el texto del Evangelio de Lucas que nos presenta, de una forma diáfana, la figura de María, la madre de Jesús. La escena es bella y conmovedora; los pastores comprueban lo dicho por los ángeles y acogen la señal del niño envuelto en pañales y acostado en el lugar donde comen los animales.

Pero el niño no está solo; está con su madre. Este es el Misterio que hoy celebramos: la Maternidad de María quien ha sido reconocida por la Iglesia desde el s. V como Madre de Dios (“Theotokos”).

El narrador de Lucas, con una exquisitez sin igual, nos dirá algo de María que se repite dos veces en los capítulos dedicados a la infancia de Jesús: que “ella meditaba todas estas cosas, conservándolas en su corazón” (2, 19; 51). Quizás el sentido más exacto de la expresión griega sea: “poner en orden”, “poner junto”, “encontrar una unidad”. Lo que hace María, la madre, la creyente por excelencia, es descubrir el verdadero sentido lo que está ocurriendo. Ver la trama de los hechos, penetrando con su sensibilidad de madre el proyecto de Dios que está en la raíz de todos los eventos. Ella encuentra esa unidad esencial del designio divino que se está realizando en su hijo apenas nacido; y, aunque todo se puede tornar confuso y doloroso, sabe que allí acontece un gran Misterio que no termina de revelarse, pero frente al cual es preciso hacer un silencio contemplativo y dar el obsequio de la fe.

Aquí hay un camino para vivir en la bendición de Dios el año que comienza. No dejar al azar lo que ocurra en nuestro tiempo que es finito, sino “meditar” como María todo lo que pase, para

descubrir también la historia de salvación que Dios va realizando aun sin darnos cuenta, en nosotros y con nosotros.

Nuestro tiempo no es para perderlo en tonterías; en naderías superficiales y banales que producen tanto pesar y amargura. Esta historia humana es para trabajar con Dios, como lo ha hecho María desde el comienzo, para dar vida en abundancia a todos los seres humanos. Para continuar con la “maternidad” espiritual de la Virgen, dando a luz a Dios en un mundo que se ha olvido de Él y por eso se hunde en el caos de la guerra y la injusticia que nos deshumanizan. En palabras de Byung Chul Han (Vida contemplativa. Elogio de la inactividad, 2023): “la crisis actual de la religión no puede atribuirse simplemente al hecho de que hayamos perdido toda la fe en Dios o que nos hayamos vuelto desconfiados con respecto a determinados dogmas. En un plano más profundo, esta crisis apunta a que estamos perdiendo cada vez más la capacidad contemplativa”.

Gracias a la Maternidad divina de María, nuestro tiempo que corre y es caduco, se ha convertido en tiempo de gracia y salvación (Kairós). Tiempo “maduro” como lo llama Pablo en la segunda lectura (Ga 2), porque es el tiempo de la intervención definitiva de Dios. Como decía el papa León en su homilía de las Vísperas de la fiesta de Nuestra Señora del Rosario el pasado 6 de octubre: “Dios nunca se retrasa. Somos nosotros quienes debemos aprender a confiar, incluso cuando se requiere paciencia y perseverancia. El tiempo de Dios siempre es perfecto (...) Cristo no solo nos redime del pecado, sino que libera nuestros corazones para que decir sí a Dios, como lo hizo nuestra Madre Bendita (...) Por eso estamos llamados a cooperar con Él, viviendo como hijos e hijas de la gracia”.

En este calendario que hoy inauguramos veamos, pues, las acciones de Dios quien sigue haciendo brillar su rostro sobre nosotros y concediéndonos su paz.

2. Dimensión litúrgica:

La oración colecta de la solemnidad de Santa María, Madre de Dios, agradece a Dios por la maternidad virginal de María, a través de la cual los bienes de la salvación llegaron al mundo; bienes que están presentes en el Hijo de María, Hijo eterno de Dios encarnado en su vientre. También pide la intercesión de la Virgen para que los cristianos podamos acoger a Jesucristo, “Autor de la vida”, y disfrutar de esta vida divina todos los días de nuestra existencia.

La colecta y el prefacio I de la Santísima Virgen María, articulan en la plegaria varios temas: virginidad, maternidad, fecundidad y vida donada sin reservas. Realidades todas que expresan el Misterio más hondo de María de Nazareth, proclamada por la Iglesia verdadera Madre de Dios y madre de los hijos de Dios. Y esta verdad que con alegría confesamos, nos ayuda a vivir de la mano del Señor el año que empieza, esperando que su providencia amorosa, nos ayude a vivir en la fecundidad de la gracia como lo hizo la Virgen Madre.

3. Aplicación pastoral:

El comienzo del año civil está iluminado por la solemnidad de Santa María, Madre de Dios. La Iglesia ha querido, desde la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, que el inicio del año esté marcado por la celebración del Misterio más grande de la Virgen María: su maternidad divina. Verdad que ha proclamado el pueblo cristiano desde el año 431, cuando en el Concilio de Éfeso se declaró como verdad para ser creída por todos los católicos que, María, siempre Virgen, es realmente Madre de Dios, ya que su hijo Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre.

La palabra de Dios para esta ocasión en la que llenos de alegría y esperanza comenzamos una nueva etapa de la historia, nos asegura la bendición de Dios. Lo único que, en definitiva, necesitamos para seguir avanzando en el camino de la vida, es la compañía del Dios providente que hace brillar su rostro sobre nosotros y nos concede su paz.

El libro de los Números nos trae la bendición que el Señor Dios pide al sacerdote Aaron realizar sobre el pueblo de Israel al comienzo de un nuevo año. Las palabras claves de esta fórmula son: bendición y paz. Según este corto, pero sentido texto, la bendición consiste en que Dios haga resplandecer su rostro sonriente sobre cada uno de los miembros del pueblo. Es hermoso este detalle: el texto sugiere, en el original hebreo, la sonrisa de Dios que se deja ver por los suyos. Dios se complace aconteciendo en medio de su pueblo; concediéndoles sus dones; dejándose percibir y acoger como Misterio de amor donado sin medida. Un Dios alegre de peregrinar con sus hijos amados; de avanzar hacia el futuro promisorio que Él mismo garantiza. Diciéndolo de manera plástica, es como si Dios levanta rostro luminoso para que todos lo pudieran ver, y lo que contemplan sus hijos es su sonrisa que lo llena todo de gozo y de optimismo, con la seguridad de que todo estará bien en el año que apenas comienza.

Sumado a esto, está el don de la paz. La paz es la síntesis de los dones del Señor. La plenitud y consumación de todo lo bueno que Dios puede y quiere ofrecer a cada uno de sus hijos. Esta paz es Dios mismo hecho dádiva de bondad en el interior de quien se acoge a él.

Dios no garantiza un tiempo sin problemas ni tensiones; su bendición no es protección mágica contra los avatares de la historia. El rostro de Dios que brilla luminoso sobre su pueblo, es la certeza de que a pesar de todo lo que pueda ocurrir, Él estará incondicionalmente con sus hijos. Y su presencia no atemoriza ni previene, sino que concede la serenidad y la valentía para caminar sin desfallecer; siempre hacia adelante.

Esta sonrisa de Dios y esta paz verdadera, bendición del Dios bueno y amoroso, nos llegan en el Hijo de María. En Jesús, se ha hecho visible y cercano el hermoso rostro de nuestro Dios. Esto es todo lo que necesitamos para el nuevo año.

SOLEMNIDAD DE LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

“LA SALVACIÓN DE DIOS ES PARA TODOS”

1. Dimensión literaria:

El relato de la visita de los magos que hoy meditamos en la liturgia de la Epifanía del Señor, es considerado por los exégetas un “teologúmeno”; es decir, un relato teológico que presenta un mensaje de fe con detalles históricos. La fuerza de la narración no está en lo anecdótico del texto, en su historicidad comprobable, sino en el contenido catequético que contiene.

No entraremos en la discusión de si lo que narra el Evangelio de hoy es histórico o no; si se puede comprobar científicamente un fenómeno astronómico que confirme los hechos contados por la comunidad de san Mateo y la posible visita a Belén de estos sabios astrónomos inquietos por la aparición de nuevas estrellas. Lo que sí importa es lo que quiere decir el relato que nos ayuda en nuestra experiencia de fe, ya que nosotros creemos que, en Jesús, nacido en Belén, se ha manifestado el amor infinito de Dios por toda la humanidad y su anhelo de que nadie se quede fuera de su plan de salvación. Para quienes somos cristianos, entonces, Jesús es la epifanía suprema y definitiva del Padre.

De la multitud de detalles que tiene el texto, que como en el mosaico de un artista cada pieza es importante y debe ser considerada en la unidad del relato, nos detendremos en dos aspectos que nos pueden ayudar para vivir mejor esta solemnidad.

El primero, es la cerrazón manifiesta de Israel, representado en Herodes y en los líderes religiosos que lo acompañan en su corte, al Mesías que ha nacido. Aún con toda su experticia en las Escrituras, no son capaces de reconocer el don de Dios en su Hijo. Prefieren sus falsas seguridades religiosas; su pretendido conocimiento del proyecto de Dios, el cual interpretan con su ciencia tradicional, pero sin apertura al Espíritu. Esto anticipa el futuro rechazo que las autoridades del pueblo harán a Jesús, hasta llevarlo a la muerte. Jerusalén “se agita” (es el verbo griego que utiliza Mateo), como un barco en medio de una tormenta. Se sienten desestabilizados por la llegada del mismo Dios en Jesús. Y en lugar de abrirse a la gracia y a la novedad que trae el Mesías, prefieren no escuchar la voz de Dios y perseguir al niño para no sentirse desenmascarados y confrontados. Como dice el prólogo de Juan: “vino a los suyos, y los suyos prefirieron las tinieblas a la luz” (Jn 1, 11).

El segundo elemento a destacar, es la apertura sincera de estos extranjeros a los signos de Dios que habla siempre y a todos. Los magos hacen una peregrinación que no sólo es un desplazamiento geográfico de sus lejanas tierras hasta Belén, pasando por la capital, sino que es un auténtico camino de fe. El mismo que todos debemos hacer, especialmente, quienes nos consideramos creyentes.

En primer lugar, los magos leen a Dios en la naturaleza; una estrella los guía. Es la primera sensibilidad religiosa, a todos posible. Ver a Dios y escuchar su voz en la creación. Luego, en segundo lugar, descubrir a Dios en la revelación que ha hecho a su pueblo Israel. Los magos llegan a Jerusalén, la capital religiosa y política del pueblo de Dios, para confrontarse con la fe oficial de los judíos: sus Escrituras y sus líderes. Pero allí ya no estaba Dios. Sólo reinaban la obstinación y la oscuridad; mucho conocimiento de Dios, pero sin experiencia real de su voluntad. Y, por último, reconocieron a Dios en el niño nacido en Belén. Allí estaba la plenitud de las manifestaciones de Dios; de las epifanías de Dios en la historia. Ya Dios no solo se deja sentir en las maravillas de la creación; ya Dios no sólo habla y actúa en Israel, el pueblo de la Alianza. Ahora, como dice el sermón a los hebreos, nos habla y se hace presente en su Hijo entregado (Hbr 1, 1). Él es su Palabra, su acción salvadora, su presencia permanente. Es el niño Jesús en su casa, con su madre, quien merece toda la honra y adoración. De aquí el significado de los dones que traen los magos: incienso, que se le tributa a Dios en el culto; oro, para el Rey verdadero, y mirra que, aunque siempre se ha interpretado como el reconocimiento de la humanidad del Mesías, tiene un alcance aún más bello: es el aroma con el que los esposos se perfumaban para la noche de bodas (Ct 1, 12-14).

Ya Dios se deja encontrar en la cercanía de un niño. Ya Dios ha venido a visitar, no exclusivamente a Israel, sino a todas las naciones. Ahora Dios abre sus brazos a quienes deseen acogerlo con la misma humildad, disponibilidad y fe de los magos de Oriente que se dejaron conducir por la luz divina que los iluminó desde dentro de sus conciencias, porque en el fondo del corazón de todo ser humano que viene a este mundo hay un anhelo insatisfecho de trascendencia que sólo Dios puede llenar. Un deseo de Dios que sólo Dios puede colmar.

2. Dimensión litúrgica:

La oración colecta para la Solemnidad de la Epifanía del Señor pide a Dios que, así como la estrella guio a los magos de Oriente para revelar a Cristo a las naciones, la luz de la fe conduzca a los creyentes a contemplar la gloria divina.

En esta oración, se destacan los dos conocimientos posibles del Misterio de Dios: el que se da por la luz natural de la razón que es accesible a todos los seres humanos y, el de la fe, que es posible a quienes nos abrimos al don de la gracia, cuando respondemos con amor y obediencia a la Revelación. Conocimientos que son complementarios, porque el Dios que se deja conocer por la razón, se deja experimentar por fe. Además, la oración expresa la voluntad universal salvífica de Dios al mencionar a “todas las naciones”.

En esta solemnidad, destacamos la oración sobre los dones, porque nos ayuda a comprender el significado teológico de los regalos que los magos ofrecen al niño Jesús (oro, incienso y mirra). Aquí, nosotros entendemos que esos dones representan al mismo Señor quien se ofrece como sacrificio de salvación para toda la humanidad.

3. Aplicación pastoral:

Uno de los acontecimientos de salvación vinculados al Misterio de la Navidad del Señor, más cercanos a nuestro pueblo, es quizás éste de su Epifanía que hoy celebramos con solemnidad. Acontecimiento que ha sido rodeado de elementos legendarios que nos pueden hacer perder el verdadero sentido de lo que conmemora la Iglesia y que, en los orígenes del cristianismo, era la única celebración: la manifestación del Señor a todos los pueblos de la tierra, representados en los magos de Oriente que llegan a Belén para reconocer y adorar al niño que ha nacido.

Lo primero que debemos hacer como creyentes es quitarle a esta fiesta los elementos que le son ajenos y los cuales, aunque pertenecen al rico bagaje de la piedad popular, pueden enraizar un poco lo que celebramos. Sabemos que el relato de san Mateo no pretende ser la crónica de un evento del pasado; una descripción de un hecho histórico contado con lujo de detalles, como si el evangelista hubiese sido testigo ocular de lo ocurrido y, luego, lo hubiese puesto por escrito por un dictado directo del Espíritu Santo. Estamos frente a un hecho interpretado teológicamente, el cual se convierte en una espléndida catequesis sobre el Misterio de Jesucristo y la revelación en Él de la plenitud de la salvación que Dios concede a todos los rincones de la tierra.

Más allá de pensar en tres personajes concretos venidos del Oriente, convertidos en reyes por la tradición cristiana, que tuvieron que superar dificultades como las relatadas por Homero en la Odisea, estamos frente a un gran anuncio: Dios, en Jesús, ha venido a salvar a toda la humanidad. Estos sabios de Oriente, representan a todos los pueblos del mundo que acogen el don inestimable de la redención, la cual no hace acepción de personas, sino que incluye a hombres y mujeres de buena voluntad que quieran acogerse a este llamado. Dios es para todos; no para unos pocos. Dios elige a un pueblo, ciertamente, pero para que por su manera de vivir se vuelva punto de atracción para todos los pueblos. Israel tiene un privilegio que es una responsabilidad: vivir de tal manera el querer del Dios de la Alianza que todos se sientan fascinados y atraídos para experimentar la dicha de saberse amados por Él.

El pueblo de Dios no es un gueto cerrado y excluyente, que se siente con el derecho de decidir quién entra o no al ámbito divino de la salvación, sino el instrumento del designio divino para que alcance a todos, especialmente, a quienes yacen en tinieblas y en sombras de muerte. De Israel nace el Mesías, Jesús, a quienes los magos adoran y le ofrecen sus dones, simbolizando a todos las razas humanas que se postran ante el Dios encarnado que, con la dulzura y la ternura de un niño, se pone a disposición de quien con fe quiera recibirla.

La Epifanía es la fiesta de la inclusión; de la acogida; de la llamada universal. Es la proclamación gozosa y esperanzadora de que, en Jesús, nacido en Belén, el resplandor de la gloria de Dios se hace accesible a todos, sin excepciones. Que en la presencia de Dios todos tienen un puesto; que Dios no es el trofeo de unos pocos que se lo han ganado por sus méritos, sino el don incondicional para todos lo que corazón humilde lo reciben.

Con los magos, somos invitados a entrar en la casa donde se encuentra Jesús, con sus padres y, reconociendo en Él la misma presencia del Dios vivo y verdadero, adorarlo reverentes.

Hagámonos portadores de este Evangelio de la salvación universal, para que nadie se sienta excluido de la misericordia del Padre, manifestada en su Hijo recién nacido, ante cuya presencia, hasta los reyes de la tierra se rinden (como lo expresaba el profeta Isaías en el capítulo 60 que se propone como primera lectura). Su presencia no apabulla ni espanta, como el fulgor de los poderosos, sino que se ofrece delicadamente en la pequeñez y la fragilidad de un niño que solo desea ser amado y abrazado.

Epifanía, fiesta de la apertura y de la alegre noticia de que el amor de Dios es para todos.

FIESTA DEL BAUTISMO DEL SEÑOR

“ÉSTE ES MI HIJO, EL PREDILECTO”

1. Dimensión literaria:

La misteriosa figura del conocido “siervo” de YHWH, cantada por el Segundo Isaías en los cuatro poemas que ocupan la parte central de su profecía, nos hacen escuchar en este día, palabras que san Mateo aplica a Jesús en su Bautismo: “He aquí mi Siervo, mi elegido en quien me complazco” (Is 42, 1-2). Palabras que el Evangelista lleva a plenitud al llamar a Jesús “Hijo”, no simplemente “siervo”; “predilecto”, no sólo “elegido” (Mt 3).

La escena del Bautismo del Señor, que nos ha relatado san Mateo, es una hermosa Epifanía. La Iglesia en este tiempo de la Navidad, que llega a su culmen el día de hoy, ha celebrado la manifestación del Hijo de Dios por medio de tres acontecimientos: su nacimiento en Belén; su revelación a los magos de Oriente y su Bautismo en el Jordán. La Iglesia Ortodoxa, no pone el acento en el nacimiento de Jesús, sino que les suma a las epifanías ya dichas, lo ocurrido en Caná de Galilea (primer signo de Jesús con el que manifestó su gloria a los discípulos Jn 2).

De nuevo estamos frente a un episodio que tiene más de catequético que de cronológico. Ciertamente, y es un hecho histórico certificado por la investigación, Jesús de Nazareth hizo parte del grupo de los seguidores de Juan Bautista, adhiriéndose al movimiento de conversión de quienes se sumergieron en las aguas del Jordán para significar la acogida del inminente Reino de Dios que llegaba. Sin embargo, el sentido profundo de lo ocurrido, es lo que expresa el Evangelista en el relato. No se queda con los hechos externos, sino con su significado teológico. Y el mensaje es este: Jesús, el de Nazareth, ha sido ungido y proclamado por Dios como su “Hijo”, de una manera única e incomparable. Sólo Él es Hijo de forma absoluta, por eso, es su predilecto. No queda Jesús reducido a ubicarse en la lista de los siervos elegidos por Dios para una misión concreta, sino que es el “Cristo”, el “Ungido” por excelencia.

Jesús, el Cristo de Dios, fue presentado por el mismo Padre para que lleve su salvación a todas las naciones. Por eso, ésta es una escena vocacional.

Muchas veces, cuando hablamos de relatos vocacionales, nos detenemos en los múltiples textos que la Sagrada Escritura tiene con este propósito: Abraham, Moisés, Isaías, Jeremías, María, los pescadores de Galilea, Pablo, etc. En pocas ocasiones hemos contemplado el Bautismo como el momento vocacional de Jesús: la efusión del Espíritu vivificador del Padre sobre Él, su proclamación como Hijo amado y el envío a la misión. Esta es la vocación fundamental de Jesús: vivir su confición filial y compartirla con nosotros.

Estamos, entonces, frente a un acontecimiento realmente fundamental en la vida de Jesús. Es el punto de inicio de su misión salvadora. El Padre y el don del Espíritu Santo son la garantía de la veracidad y la eficacia de dicha misión. Los cielos se han abierto y todo el amor de Dios se nos entrega en su Hijo, en quien el Padre tiene toda su complacencia.

2. Dimensión litúrgica:

La oración colecta del Bautismo del Señor varía ligeramente según la fuente, pero suele incluir una invocación a Dios todopoderoso y eterno, haciendo el memorial del Bautismo de Cristo en el Jordán y pidiéndole la gracia del Espíritu Santo para que los bautizados perseveremos en la obediencia a su voluntad.

Es preciso notar tres elementos interesantes: el primero, es la vinculación del Bautismo de Cristo con el Bautismo cristiano. A Dios, el Padre, se le pide que lo que ha ocurrido con su Hijo en el Jordán, por su gracia, lo podamos aplicar a nuestra vida de bautizados. El segundo elemento, es que reconoce la novedad del Bautismo cristiano, distinto al de Juan en el Jordán, ya que el nuestro es “renacimiento del agua y del Espíritu” (Jn 3), como lo dice Jesús a Nicodemo. El tercer punto, es que la gracia pedida es la “obediencia”, característica fundamental de la identidad y la misión de Jesús, el Hijo predilecto, obediente a la voluntad del Padre hasta el final.

El prefacio de este día, cantando las maravillas obradas por Dios en el Jordán, declara la identidad y la misión de Jesús quien, por la unción del Espíritu, vivirá su condición de Hijo único de Dios, cumpliendo la misión de evangelizar a los pobres (Lc 4).

En este aspecto litúrgico, no debemos pasar de largo que la fiesta del Bautismo del Señor es el último día del tiempo de Navidad y, en nuestro caso colombiano que lo celebra domingo, esta fiesta hace las veces de Primer Domingo del Tiempo Ordinario. Esta una celebración “bisagra”: cierra el ciclo navideño y abre el Tiempo Durante el año.

3. Aplicación pastoral:

Es imposible no celebrar el Bautismo del Señor sin pensar en el nuestro.

Ya hemos dejado claro que nuestro Bautismo, como dice san Pablo en el capítulo 6 de la carta a los Romanos, es participación real en el Misterio Pascual de Jesucristo. Por el Bautismo, hemos muerto y hemos sido sepultados con Cristo; pero, también, hemos resucitado con Él a una vida nueva. En las aguas del Bautismo, quedamos “sumergidos” (significado real del verbo griego del que viene “bautizar”) en la Pascua salvadora del Señor; se nos aplica, con toda la eficacia del sacramento, la muerte y resurrección del Hijo de Dios.

Ciertamente, el origen de nuestro Bautismo no está de forma primera en el Jordán, sino en la cruz; pero lo que vive Jesús en su Bautismo es el proyecto de vida bautismal de quienes hemos participado en su Pascua: ser Hijos predilectos. Vivir nuestra identidad y misión de “otros cristos” en el Ungido del Padre.

Todos nosotros hemos recibido el mismo Espíritu que descendió sobre Jesús en el Jordán. Y el Padre, abriendo los cielos, ha pronunciado sobre nosotros la misma declaración de aquel día: “Tu eres mi Hijo amado, en quien me complazco” (Mt 3, 17). Esta es nuestra dicha y nuestra tarea; es un don y una responsabilidad.

Así, en nuestra existencia concreta, somos invitados a vivir el Misterio de la cruz del Señor que le da sentido al rito bautismal: hijos en el Hijo Único, para vivir como hermanos y hermanas, miembros de la misma familia. Un itinerario existencial en el que podemos aplicar la misión del “siervo” de la que hablaba la primera lectura del profeta Isaías: llevar el derecho a las naciones, anunciar la salvación al mundo; no romper la caña resquebrajada sino reutilizarla aprovechando lo mejor que tenga, no apagando el pabilo que humea sino añadiéndole fuerza para que brille; buscando y acogiendo lo marginado y excluido (Is 42). O, en palabras de Pedro, que sintetizan la misión de Jesús: “pasar por el mundo haciendo el bien y curando a todos” (Hch 10). Este es el Bautismo vivido concretamente; esta es la misión de los hijos e hijas del Padre Dios que nos ha entregado a su Hijo amado para que en Él tengamos Vida eterna.



LA DELEGACIÓN ARZOBISPAL PARA LA ANIMACIÓN Y ORIENTACIÓN LITÚRGICA



SEPARATA

Adviento & Navidad